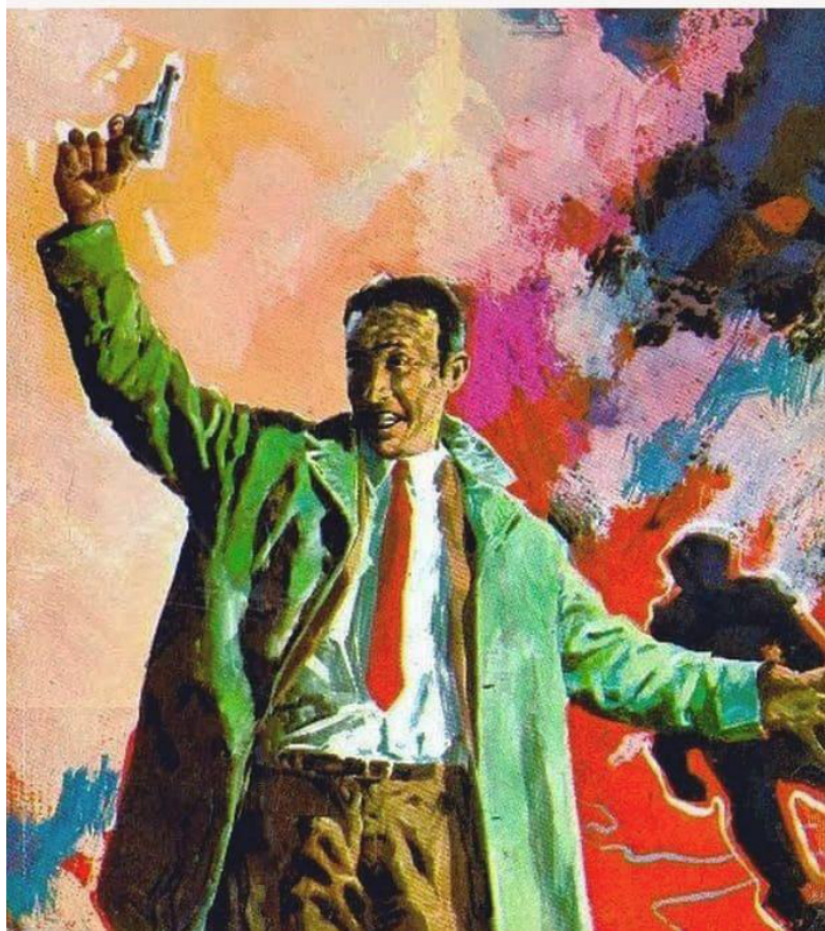




pioneros de Atlantropa

de

peter debry



La bahía de Chesapeake, el más vasto entrante del mar en la costa atlántica de los Estados Unidos, divide en dos el estado de Maryland.

La bahía, en sus doscientas millas de largo y de diez a veinte de ancho, es navegable hasta para los buques de mayor tonelaje.

Veintiséis millas al sur de la capital, Baltimore, está la ciudad de Annápolis, sede de la Academia Naval de los Estados Unidos.

Un hombre poco amante de viajar se hubiera desesperado si hubiese tenido que hacer lo que por más de un mes estaba realizando Alan Lorimer.



Peter Debry

Pioneros de Atlantropa

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1134

ePub r1.1

Titivillus 29-11-2019

Título original: *Pioneros de Atlantropa*
Peter Debry, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La bahía de Chesapeake, el más vasto entrante del mar en la costa atlántica de los Estados Unidos, divide en dos el estado de Maryland.

La bahía, en sus doscientas millas de largo y de diez a veinte de ancho, es navegable hasta para los buques de mayor tonelaje.

Veintiséis millas al sur de la capital, Baltimore, está la ciudad de Annápolis, sede de la Academia Naval de los Estados Unidos.

Un hombre poco amante de viajar se hubiera desesperado si hubiese tenido que hacer lo que por más de un mes estaba realizando Alan Lorimer.

Y un cosmopolita drogado por los viajes se hubiera aburrido también caso de tener que imitar a Alan Lorimer.

Hacía ya un mes que, bajo distintas apariencias, Alan Lorimer recorría incesantemente todo el litoral comprendido entre Baltimore y Annápolis.

Y no obstante su misión era sencilla. Se limitaba a tener que encontrar a una mujer.

Una mujer rubia, de espléndida y llamativa belleza, de nacionalidad sueca, inscrita en su partida de nacimiento, ocurrido veintitrés años antes, con el nombre de Ingrid y el apellido de Engel.

Aunque a partir de sus dieciocho años había cambiado frecuentemente de identidades.

Se la consideraba una gran experta en electrónica y especialmente en investigaciones sobre Objetos Volantes No Identificados.

También se la reputaba carente de escrúpulos. Una aventurera peligrosa, inteligente, hábil y dotada de una gran simpatía atractiva. Cuando la Sección Especial de Seguridad Internacional llamó al agente Lorimer, lo único que se le notificó fue:

—En Baltimore ha sido vista Ingrid Engel. No estuvo hasta ahora en los Estados. Averigüe lo que intenta. Informe lo antes posible.

Y Alan Lorimer empezaba a sentir un rencor casi africano a la mujer invisible llamada Ingrid Engel, a la cual trataba de encontrar desde hacía treinta días.

Cuando insinuó a su superior que posiblemente Ingrid Engel se había ido a otro lugar, recibió telefónicamente el eco de un bufido precediendo a una réplica poco amable:

—La Engel está entre Baltimore y Annápolis. Oiga, Lorimer, usted es un sinvergüenza, un matón y un borrachín, pero hasta ahora no ha sido un borrico. Si antes de siete días no puede informar sobre los pasos de la Engel, le destinaré a un caso adecuado a sus fuerzas, como por ejemplo encontrar al jorobado paralítico que pide limosna en la esquina de la avenida...

Pero Lorimer ya había colgado. No estaba de humor para encajar las ironías de su enemigo-amigo.

Entró en un bar y pidió su bebida favorita. En un vaso grande, pero estrecho, tres tercios de jugo de naranja y un tercio de coñac.

Y en un rincón se dedicó a monologar malhumorado:

—¿Borrachín, eh? El coñac despierta mi cerebro, so capullo.

Era el epíteto que dedicaba a su jefe, cuando algo le fastidiaba. Prosiguió:

—No es vanidad, so capullo, pero si ella está por aquí y yo no he podido encontrarla, es porque se esconde en un hoyo.

Bebió lentamente, recordando todas sus investigaciones. Primero, las rutinarias. Hoteles, playas, clubs nocturnos. Después, las corazonadas, por deducción, pensando en lo que haría él si fuese una mujer como Ingrid Engel.

Por fin, lo absurdo. Poblados pesqueros, tabernuchos, fondas y moteles de tercer orden.

Iba ahora equipado en su forma preferida, después de haber aparentado ser un viajante de comercio, un agente de seguros y otros cargos semejantes.

Le permitía llamar a todos los timbres, y enterarse de cuantas novedades ocurriesen en todo el litoral comprendido al oeste de la bahía.

Ahora vestía con comodidad. Unas botas cortas, de agua, un pantalón azul de marinero, un jersey gris de cuello rodado, un chaquetón azul y una gorra de visera.

Podía ser un tripulante sin trabajo, un patrón de cabotaje o uno de los tantos pescadores de la bahía.

Cuando hubo bebido su tercera mezcla, empezó a rebosar su cerebro de ideas geniales.

Una genialidad de chispazo porque al segundo de pensar que cada idea era magnífica, la rechazaba por estúpida.

Y fue a sentarse al borde del muelle K, el más exterior al oeste de Baltimore. Mirándose los pies colgantes sobre el agua, siguió monologando:

—Siete días, ¿eh? Siete tiros te daba yo, so capullo, si se cambiaran las tornas y fueras tú el que estuviera en mi pellejo.

—Así se habla, ¡ajá! —aprobó alguien.

Alan Lorimer miró de soslayo al que acababa de hablar gravemente, con una voz ronca que raspaba el oído.

A la luz del tibio sol que tímidamente pugnaba por vencer la frialdad de aquel atardecer de octubre, divisó a dos pasos de distancia un individuo sentado en idéntica postura a la suya. Como un pescador sin caña.

Vestía, con un desaliño que rozaba la suciedad, un traje barato, chillón, a cuadros. Tendría unos cuarenta años.

Su rostro era redondo, de nariz colorada y canosa cabellera. Todo esto encima de un recio corpachón.

Por costumbre, Lorimer era poco comunicativo. Pero tuvo una corazonada. Aquel desconocido le era simpático, sin poderlo razonar.

—A veces, siete puñaladas le dejan a uno muy descansado, ¡ajá! —prosiguió el otro, como si hubiera aguardado a que Lorimer acabase de detallarle.

—Al que las recibe, sí.

—Y no hacen ruido. Ésta es la ventaja. Cuando yo estoy de negras, y pienso en algún piojoso que me molestó, aunque sea un siglo antes, me reconforta mucho imaginarme que le arreo siete puñaladas. Me chocó que usted hablara de siete tiros. La cifra tiene buen partido entre nosotros los supersticiosos caballeros de la aventura.

—De aventura, pase, pero de caballeros, me parece que usted y yo tenemos muy poco.

—¡Ajá! Yo nunca he montado a caballo.

—¿Chistoso, eh?

—Cuando me duelen las muelas, trato de contarme chistes que no he oído.

—¿Le duelen las muelas?

—Peor. No tengo ni una chapa, y un cigarrillo me parecería un

obsequio de maharajá.

Alargó Lorimer el brazo, tendiendo un paquete de «Camel». El otro, alargó una zarpa ancha y velluda, y con extraña delicadeza acertó al primer intento a coger entre pulgar e índice un cigarrillo.

—Gracias. Cerillas, no.

Encendió con un viejo mechero de cordón rojo, sin gasolina.

Lorimer miró hacia el embarcadero, donde no había más que un yate, hacia el que señalaba el desconocido:

—Bonito, pero no es mi tipo. A mí que me den un buen carguero, lleno de costra en la quilla y de mugre en el entrepuente. Lo demás es cuento. El mar es una cosa muy seria para andar humillándole con un barquito merengue como éste, que parece salido de un estuche.

Comentó Lorimer:

—Un yate que vale un montón de millones.

—Eso es lo malo. Unos millones mal empleados en un casco para transportar niñas pitongas y relamidos cretinos ricos. Fíjese, amigo... Este yate tiene una eslora de unos treinta y cinco metros, una manga de ocho, un calado de por lo menos cinco, y desplazará sus buenas doscientas toneladas. El palo es hueco y de acero, y el aparejo aguanta bien sus seiscientos metros cuadrados de trapo. ¿No es una pena que un barco semejante sirva para bailotear sobre cubierta, guardándolo anclado?

—Tiene buen ojo, marinero.

—¡Anda! La primera patata que peló Monty Morgan fue a bordo de un asiático, y tenía Monty doce años. Desde entonces, Monty Morgan ha pelado toneladas de patatas, y ha navegado los siete mares. Monty Morgan tuvo la mala suerte de caerse de un moco, y se partió una pata. Bueno, suponiendo que usted sepa lo que es una pata y un moco.

—En el mar, el moco es la percha pequeña que pende del bauprés, y una pata es buena o mala, según con ella se camine. Y cortesía por cortesía, si usted se llama Monty Morgan, yo soy Alan Lorimer.

—¡Ajá! A la que le calé, me dije: «Este muchacho vale un rato largo, Monty, y a lo mejor está como tú, varado y sin rol».

—Eso es. Buena calada, Monty. Varado y sin rol.

—Yo no vuelvo al casco donde me partí la pata, porque tiene la negra. Oye, Alan, de yates entiendo poco y me gusta ilustrarme.

¿Qué significa lo que lleva este yate en el grimpolón?

Miró Lorimer hacia el banderín que ondeaba en lo alto del gran mástil. Pintado en azul llevaba un asterisco bajo el cual había una raya, y a su vez bajo la raya, había una «N» mayúscula.

—Es la fórmula internacional de Arqueo para yates. Por ejemplo, si un yate tiene seis metros de eslora, llevará el número seis.

—Allí no hay ningún número.

—Porque los yates que pasan de los catorce metros de eslora o largo, llevan un asterisco, y la letra equivale a la nacionalidad. La «N» es para los yates de Noruega.

—Vaya, un yate noruego en Baltimore... El mundo es un puerco pañuelo mojado, Alan. Estará aquí para tomar parte en la Copa América.

—La Copa América se corre en abril.

—Ayer y anteayer estuve aquí toda la tarde, Alan. Y hoy, he vuelto, no sé por qué.

—A lo mejor te has enamorado del *Tritonius*, o sueñas con lo que harías si fueras tú su dueño.

—Si yo fuera el dueño de este yate, lo vendría al instante, y compraría un casco decente. Ahora lo que sí puedo jurarte que no vendía es lo que lleva a bordo.

—¿Y qué lleva a bordo?

—Una rubia que quita el hipo.

—No me hables de rubias que llevo un mes que estoy de ellas hasta la coronilla.

—Pero esta rubia es clase especial, Alan. Mira, sobre unas piernas que son un poema, coloca un cuerpo que es una ilusión primaveral, y un rostro, ¡ay, galerna!, ¡qué cara!

—Estás enamorado, Monty.

—Como un energúmeno. Te mentí antes al decirte que volví aquí sin saber por qué. Era para ver si volvía a atisbar a la maravilla de rubia. Rubias hay muchas, pero como la del yate, no las han fabricado todavía, o no las supe ver. Tú figúrate una rubia que...

—Prefiero figurármela delante de un frasco de buen coñac.

—¡Hombre! No insistas, que no quiero que te ofendas. ¿Dónde está el frasco ése que mencionas, Alan?

Lorimer se levantó, y Monty Morgan hizo lo mismo con destreza.

—No se te nota que te rompiste un remo.

—Me lo repararon bien. Y oyendo hablar de un desinfectante tan recomendable como el coñac, muerto, Monty Morgan resucitaría. Se encaminaron hacia el bar. Lorimer medía un metro ochenta, y el gorro de lana de Morgan estaba a la misma altura que su gorra de visera.

Sentáronse en un rincón, junto al ventanal que daba al muelle K.

Pidió Lorimer al que estaba tras el mostrador:

—Un frasco virgen de Hennessy.

—Hennessy —repitió devotamente Morgan, poniendo los ojos en blanco.

—Ni que se llamara así la rubia.

—El coñac a un lado, y ella a otro, Alan. Es de esas mujeres que, al verlas por vez primera, le inspiran a uno deseos de escribir poesías con un lirio sobre una piedra de volcán. Pasión y espíritu, ¡ajá! Tiene la piel blanca, lechosa, como la cal que quema. Unos ojazos como las algas, o la uva sazónada. Una boca, ¡ay, galerna!, ¡qué boca!

—Eres enamorado, Monty.

—¿Yo? ¡Quita allá, muchacho! Me casé a los veinte, me divorcié a los veintidós, y reincidí, volviendo a casarme a los veinticinco. Por suerte para los dos, ella se murió de pulmonía hace unos diez años. Le cogí un respeto feroz a la mujer, porque con dos esposas tuve ración sobrada. Pero es que esta rubia es algo de miedo. ¡A tu salud, Alan!

Bebieron. Sonreía Lorimer. Dos hombres obsesionados. Morgan con la rubia del yate, y él con la inalcanzable Ingrid.

Depositando su vaso vacío, relinchó Morgan:

—¡Ay, galerna! ¡Qué bueno!

Lorimer escanció otras dos generosas raciones que dejaron el frasco a medias. Bebieron lentamente, a sorbos golosos.

Pasó un intervalo de cinco minutos en que ninguno de los dos habló. Y, sin embargo, ambos se encontraban a gusto, sabedores de que estaba naciendo una amistad.

—Lo tiene todo.

—¿Quien? —quiso saber Lorimer, arrancado a sus meditaciones.

—Ingrid.

CAPÍTULO II

Los nervios de Lorimer llevaban cinco años de buen entrenamiento constante.

Pero no pudo evitar morderse el labio.

Acariciando entre las manos su vaso, Monty Morgan susurró:

—Ingrid... Fíjate, muchacho. No es nada. Dos sílabas... Ingrid. Casi, si quieres, se parece al gruñido de un pato tuberculoso. Y sin embargo es melodía, es miel, es néctar. Ingrid.

—¿Quién es Ingrid?

—Ayer, estando yo donde nos hemos conocido, el bote que lleva a bordo el yate pasó a unas diez yardas. Remaban dos tipos escandinavos. Y a popa iba ella, con un abrigo azul y un chal de lunares sobre los cabellos. ¡Ay, galerna! Pero qué mujer, qué mujer...

Y tras emitir un silbido suave, continuó Morgan:

—A su lado estaba un tipo con un lente en un solo ojo, más envarado que un bacalao seco. El tipo hablaba en una lengua de ladridos. No entendí nada, pero ella le replicó algo, que tampoco entendí. Debía ser aplastante, porque el tipo, como si hubiera recibido latigazos, dijo por dos veces con reproche gemebundo: «Ingrid, Ingrid». Y ella se limitó a negar con la cabeza.

—Podían ser dos sílabas equivalentes a una palabra.

—No. De idiomas chapurreo varios, aunque mal. Pero de pupila y oído ando estupendamente y el tipo del monóculo, al decir: «Ingrid, Ingrid», no hacía sino nombrarla a ella.

—Vaya, hombre, conquie Ingrid, ¿eh? Verás, hasta hoy la única Ingrid que oí nombrar fue la Bergman, que también era canela de la fina en su tiempo. ¿Y qué decías que estás sin rol?

—Bueno, no he ido al listero.

—¿Quién es ése?

—El del muelle, que tiene la lista de los tripulantes solicitados.

—No estaría mal que tu Ingrid necesitase a bordo algún buen marinero. Así la verías de más cerca.

—¡Ay, galerna! Vamos a ver al listero. Me llevo el frasco, que aún

queda algo.

En el empedrado resonaron presurosas las botas de Monty Morgan. La oficina de enrol era como todas. Marineros esperando, y de vez en cuando el altavoz pidiendo un número de tripulantes para un barco determinado, citando la paga, ruta y capitán.

Morgan supo abrirse paso entre fogoneros y engrasadores. Llegó junto con Lorimer a una ventanilla. Conocía al empleado.

—Hola, John. ¿Algún capitán pidiendo gente buena? Nada de barcos sucios, sino algo limpio. Un trans, un turismo, o un yate; en fin, algo de categoría.

El empleado movió la cabeza negativamente.

—Lo siento, Monty. Sólo hay lo que oyes. Pero, si quieres, te inscribo con el número uno para cuando se presente la ocasión.

—Ajá. Apunta también a mi compinche, llamado Alan Lorimer. Abierta la mano hacia Lorimer, solicitó el empleado:

—¿La cartilla?

—Te la enseñaré cuando le des el empleo, John. Apúntalo. Como yo, de timonel para abajo todo lo que se presente, pero esta vez en un casco blanco y oliendo a brea perfumada. Abur.

En la calle, Morgan ofreció el frasco, andando.

—Mala suerte, hombre. Ya empecé a soñar que Ingrid me pedía a mí que le llevase el desayuno. Hubiera sido demasiada casualidad. Están completos. No he tenido suerte.

—La suerte es una palabra fácil, Monty. Es suerte la del ciego que encuentra un billete de cien en un rincón oscuro, o la del que tiene un caballo cojo que llega el primero. Pero los jabatos como tú y yo se fabrican la suerte.

—Veamos a ver cómo.

—¿Te gustaría ir en el yate?

—Verla, suspirar, olería, gemir...

—Escucha, a mí me da igual ir en este yate, que ir montado en el cerdo de un tío vivo. Si el *Tritonius* no zarpa pronto, tú y yo iremos a bordo.

—No hay más que hablar. Si dices que iremos a bordo, ya estamos a bordo. Ahora, que me zurzan si sé cómo.

—Vamos a instalarnos en el bar, que va a ser nuestro cuartel de vigilancia y ataque.

—Esto se va poniendo interesante.

Entraron en el bar. El único camarero acudió con presteza.

—Otro frasco gemelo del reciente difunto. Y dos corchos.

El camarero ya no se extrañaba de nada, sobre todo procediendo de un marinero que había ingerido medio frasco de Hennessy.

Colocó la botella y los dos corchos en un platillo, sobre la mesa.

Monty Morgan tras beber, dejando el vaso vacío, relinchó y esperó.

Lorimer bebió, y, al dejar el vaso, señaló el platillo.

—Imaginación, Monty. La imaginación es nuestra gran fortuna.

¿Qué pasas calor? Piensas que estás en Alaska, y con un poco de imaginación, tiritas. Mira este platillo. No es un platillo.

—No es un platillo.

—Es la cubierta del *Tritón*. No me gustan los latinajos.

—Ajá.

—Estos dos corchos, ¿qué son?

—Dos corchos.

—Son dos tripulantes del *Tritón*.

—Bueno. Lo son.

Lorimer cogió los dos corchos y, sacando de su bolsillo una navaja, empezó a cortar rajitas en cada corcho, hasta que los desmenuzó.

—Y ahora dime, Monty, ¿qué ha pasado?

—Papilla. Dos tripulantes menos en el *Tritón*... ¡Ay, galerna! Ahora te veo venir. Pero, hombre, tanto como hacer rodajas con dos pobres tipos que no nos han hecho nada...

—Era en sentido figurado. Los dos de a bordo no estarán siempre a bordo. Alguno bajará a por provisiones, a beber, a juerguear... Acechamos, y cuando bajen dos, o tres, o cuatro, los seguimos con disimulo. Y si la suerte lógica, tratándose de marineros, quiere que dos cuando menos se metan en cualquier surtidor de alcohol, ya estamos a bordo del *Tritón*.

—Y de esos sitios que tienen rejas, ¿qué?

—No se trata de atacarlos directamente. Se trata de que allí donde entren organizaré un follón bien planeado. Y en esto, presumo de entender. Cuando estemos enzarzados, ya procuraré que los dos tripulantes del *Tritón* queden cuando menos inutilizados por un mes. Lesiones sin maldad. Una pierna rota, unas costillas hundidas, cosas de broma, vaya...

—Debes ser malsano cuando te pongas serio. Aceptado. Todo sea por Ingrid. Al acecho. Luego, lo único que habrá que cuidar es la

retirada. ¿Dónde vas?

—Al teléfono. Necesito pedir mi cartilla.

En la cabina marcó Lorimer un número. Correspondía a la sección naval de su departamento.

—... En el muelle K, en el Merryboys. Habla Alan Lorimer. Un compañero que me traiga una cartilla profesional de marino. Necesito relación de los ocupantes del yate *Tritonius*, de matrícula noruega. Necesito saber el mínimo de tripulación a bordo de un yate de treinta y cinco metros de eslora. Hasta las tres de la madrugada estaré en el Merryboys, pero me urge cuanto antes lo solicitado.

Colgó. Al regresar a la mesa oyó a Morgan decirle al camarero:

—Retira este sifón. No hay nada que emborrache más que el sifón. Descompone el coñac en millones de burbujas. ¡Ajá! He estado pensando en algo, Alan. Descalabramos a tres o cuatro. Bien... De acuerdo. Pero los del yate, a lo mejor, no piden nuevos tripulantes.

—¿Cuántos hombres crees que el reglamento Yatching exige en un barco como aquél?

—Tiene dos motores Diésel. Son, pues, tres tumos de maquinistas, a dos, seis maquinistas, o engrasadores. Para el timón, tres. Para el aparejo, tres tumos de tres. Un cocinero y un camarero. Suma y resultan... ¡ay, galerna!, ya no se sumar.

—Veinte. Lo mínimo, veinte. Vamos a hacer dos turnos, Monty. Desde aquí vemos el yate, y si arrían el bote. Pero no vemos adónde irá el bote. Propongo pues uno aquí, y otro en el desembarcadero. Son las seis. Elijo el segundo tumo a la intemperie. A la medianoche, te relevaré.

—A la orden.

Salió Morgan, y poco después su silueta se esfumaba en las tinieblas que iban desdibujando el muelle.

Lorimer se reclinó contra la pared, examinando el blanco contorno del yate. ¿Qué planeaba Ingrid Engel?

A las siete y media, habían desfilado ante él una docena de individuos. Cuando entró uno, rechoncho, con rostro de mal genio, vestido a semejanza de Lorimer, éste gruñó entre dientes:

—Vaya... El propio capullo en persona.

El jefe de la sección a la que pertenecía Lorimer se sentó ante él.

—A las tres y cuarenta localicé a Ingrid. Está a bordo de aquel yate.

Si no zarpa pronto, me meteré en él.

—Escuche, Lorimer, yo le aprecio y...

—Y me llama matón, sinvergüenza y borrachín.

—Tres cualidades, si las emplea bien. El caso es que, por donde anda Ingrid, la muerte ronda. Usted vigílela, pero no es necesario que se meta en la misma caverna de la tigresa.

—No sea truculento.

—Usted tiene excesiva confianza en sí mismo. Pero hasta hoy no tropezó con un adversario de la categoría de Ingrid.

—Porque hasta hoy ella no tropezó con Lorimer.

—El yate llegó procedente de las Bermudas, hace quince días. Desde que fue vista Ingrid, no se tiene la menor noticia de sus pasos. El yate es propiedad de Lars Printz, un financiero noruego, respetable, muy bien considerado.

—¿Lleva monóculo?

—Sí. Su foto ha aparecido frecuentemente. Financia inventos y proyectos por más disparatados que sean. Ha fracasado algunas veces, pero cuando acierta gana cientos de millones. Muy inteligente.

—¿Cuántos a bordo?

—Éste es el control del Yatching. Veinte tripulantes.

—¡Ajá!

—¿Qué?

—Nada. ¿Cuántos invitados a bordo?

—Lars Printz y su hermano Olaf. Nadie más.

—¿Para zarpar necesitará enviar al Yatching una relación de cuantos van a bordo, no?

—En efecto.

—¿Mi cartilla?

—Extendida a su nombre, con cinco años de navegación en distintos barcos, cuyas características relacionadas debe estudiarse, y con los cargos de camarero, engrasador, gaviero y ayudante de timonel. Se menciona que habla usted español y francés. No se cita que conoce el alemán y el sueco.

—Comprendido; Usted no es tonto, no, jefe.

—Gracias. Dígame su plan.

—Descalabrar a los dos primeros que salgan del yate. Estoy ya inscrito en el rol de vacantes.

—Suerte. Para comunicar, use la clave telegráfica doce. No creo que el yate permanezca mucho tiempo en estas aguas. Lars Printz viaja mucho. ¿Precisa un par de compañeros para su plan?

—Me sobro.

—Si no puede subir a bordo, notifique la salida del yate.

—El yate zarpará conmigo a bordo.

Ya en pie, miró el jefe el frasco medio vacío.

—Ingrid es nórdica. Bebe y aguanta, Lorimer.

—Mejor que mejor. Soy un chico guapo, ¿verdad?

—Eso dicen las necias que se enamoran de usted.

—Soy un chico listo, ¿no?

—Los más listos han fracasado con Ingrid. Si usted triunfa, se va a poner insoportable, porque nunca fue la modestia su complejo. Las escalas del yate serán vigiladas. Si usted desaparece por el camino, mandaré a otro.

—¿A cuántos ha matado Ingrid?

—Esto trate usted de demostrarlo. Suerte.

Al quedarse a solas, fue estudiando Lorimer cuantos papeles contenía su cartilla de marinero.

En breves compendios se le instruía sobre las funciones de engrasador, motores Diéssel, gaviero y ayudante de timonel.

A la medianoche abandonó el bar. Se reunió con Monty Morgan.

Envueltos en la bruma, alzados los cuellos, al hablar despedían vaho.

—Nadie se mueve. Y es tarde ya, para que salga ninguno.

—A dormir. Me alojaré allí, en aquel fonducho. Desde la ventana veo el muelle. ¿Dónde duermes?

—Tengo la fonda pagada. Pero oírte roncar no me disgustará.

—Vamos, pues.

Al día siguiente, tampoco el bote del yate abandonó sus cabrias. Al anoecer, terminando de cenar, se dispusieron los dos a jugar a los dados.

—¡Ajá! El bote va a trabajar.

La linterna de babor iluminaba con rojizo resplandor las planchas color caoba del bote que lentamente descendía por el costado.

En su interior iban cuatro hombres.

Y a popa, una mujer envuelta en un abrigo azul, cubierto el rubio cabello por un chal.

CAPÍTULO III

A medida que el bote se iba acercando al desembarcadero del muelle K, hacíanse identificables sus ocupantes.

A cada remo, dos individuos con clara traza marinera, racialmente nórdicos. Largos cabellos lacios, rubios, tez rojiza, desgarrados, jóvenes.

En el banquillo de proa sentábase un atleta corpulento, de ancho rostro, vestido de azul, con chaquetón canadiense, de cuello de piel, cubierta la cabeza con una boina marrón.

Al banquillo de popa, junto a la mujer, estaba otro hombre, vestido de forma semejante al de proa. También era un atlético coloso.

Y ella, si bien alta, se empequeñecía junto a los cuatro nórdicos.

Alan Lorimer miró a lo largo del muelle. Divisó, a unos diez metros de la escalera del desembarcadero, un coche detenido, con los faros apagados.

—No contaba con esto —murmuró.

—¿Con qué?

—Van a coger el coche, y se largarán quién sabe dónde. A pie no vamos a seguirlos, salvo tener una hélice en el recto. Colgarme del portaequipajes lo puede echar todo a perder.

—Bueno, no hace falta seguirles si suben al coche. Ya volverán.

—Quédate aquí, Monty. Yo veré el modo... No hay ni un maldito taxi por este muelle.

—No es de pasaje.

Al extremo de la acera donde se hallaban, a treinta pasos del desembarcadero, había una cantina. Echando a andar, dijo Lorimer:

—Una moto. Una espléndida «Harley», que se come las millas como el pan.

—Sí. Una «Harley» de un policía de tráfico.

—Pero sirve, ¿no?

—Oye, no seas impulsivo, muchacho. Si coges la moto...

En la acera opuesta, surgiendo de la invisible escalera, acababan de subir los dos individuos de la canadiense y la boina marrón.

Miraban alrededor como si previnieran o esperasen una agresión

posible. Separándose unos cinco pasos, caminaron lentamente hacia el coche.

Surgió ella, y a su lado, uno de los marineros. Más atrás, el otro.

—La escoltan. Y se nos va.

—Tómalo con calma, Alan. Ya volverán. Total, lo que queremos es ir a bordo. Nada más.

—Pero la ocasión hay que buscarla.

No podía Lorimer explicarle a Morgan, por más confianza que le inspirase, que su máximo interés radicaba en saber qué se proponía Ingrid en los Estados.

Los cinco pasajeros del yate se dirigían hacia el coche. Seguían andando prudentemente, alertas, como si de un instante a otro temieran un ataque, o tuvieran que realizar algo prohibido.

—Quédate en el Merryboys, Monty. Tan pronto ellos entren en algún sitio propicio, te telefoneo para que acudas.

—Hombre, no es que me raje, pero eso de birlarle la moto a uno de la policía, no me hace mucha gracia.

—Por eso mismo. Espera que te avise, y sigue echándole la vista encima al yate.

Los procedentes del yate entraban en el coche sin ningún ocupante. Delante, uno de los marineros con uno de los de boina y canadiense. Atrás, los otros dos se sentaron en los estrapontines, y en el asiento posterior, sola, ella.

El poderoso y amplio «Volvo» encendió los faros, arrancando.

Lorimer se acercó a la moto, examinando en torno. Pasaba un vigilante de muelles, unos marineros, una muchacha muy ondulante...

Saltó Lorimer súbitamente al sillín, dando con el pie en el pedal de embrague.

Petardeó la moto con estruendo que a Morgan se le antojó atómico.

El coche, lejano ya, torcía una esquina junto a un hangar.

El trepidar de la moto puso de buen humor a Lorimer. Lo que le ponía nervioso era la inactividad.

Partió como una exhalación para tomar el viraje ceñidamente.

Divisaba a lo lejos la luz piloto del «Volvo» en que iba Ingrid Engel. Y se echó a reír con expresión avinagrada.

¿Y si la Ingrid adorada por Monty Morgan resultaba ser una Ingrid que jamás hubiese oído siquiera el apellido Engel?

No quería acercarse más para no despertar recelos. No cabía duda que el conductor era expertísimo, pensó. Tomaba los virajes como un piloto de Indianápolis.

Y con su habitual temeridad Lorimer decidió que, puesto que aquella autopista sólo llevaba a Annápolis, esperaría en la entrada de la ciudad.

Dando el máximo giro a los manillares, Lorimer sonrió enardecido. Su potente moto acertaba en la recta en que acababan de entrar las distancias entre él y la luz piloto.

Agachó el busto casi apoyándolo sobre el depósito, embalando.

Pasó como una saeta de acero por el lado del «Volvo», dejándolo atrás prontamente, y durante diez minutos solamente oyó el rumor del aire silbante desplazado a sus lados por el bólico mecánico.

Cuando su foco iluminó la pancarta señalando que Annápolis quedaba a una milla, frenó, y suavemente deslizó la moto por la zona de averías lateral hasta desembocar en un camino que remontaba.

Tumbó la moto entre los árboles. Y en la absoluta oscuridad se sentó, reprimiendo sus deseos de fumar.

Pasaron varios coches hacia Baltimore. Y de pronto oyó dos ululantes sirenas. Vio pasar raudamente las dos motos de tráfico.

Llegaba el «Volvo», a marcha lenta. Tal vez estaban alertados por el paso de las dos motos policiales.

Pestañeó porque el coche acababa de detenerse a unos veinte pasos, y, tras un instante de estar parado, embolsó atravesando a lo ancho la autopista de parte a parte.

Se internó por un sendero estrechísimo. Y dejó de oírse el motor, porque volvía a detenerse a unos cuarenta metros.

Atravesó Lorimer el asfalto, corriendo, internándose por el campo de árboles frutales. Sentía un repentino cariño por los manzanos que le permitían acercarse sin ser visto.

El coche, faros apagados, estaba vacío. Más allá, en la misma disposición de marcha que cuando subieron al muelle, iban los pasajeros del yate.

Se dirigían hacia una gran verja que cerraba el sendero. Tras la verja, un farol permitía ver un jardín-parque, una escalinata al fondo, y un chalet semejante a los alpinos de las guías de propaganda de Suiza.

Alguien debía hallarse esperando porque la verja estaba abierta, y poco después los cinco nórdicos subían la escalinata, entrando en el edificio.

Lorimer les imitó, hasta llegar a la escalinata. Que no subió. Saltó la balaustrada de la terraza, amplia, con mesas, mecedoras y sillones. Se encaminó hacia el ventanal de donde brotaba luz. Tuvo apenas el tiempo justo para meterse entre el cristal entreabierto y la doblada persiana vertical.

Al extremo de la terraza acababan de aparecer los dos colosos, reconocibles por la boina marrón y la canadiense.

Oyó Lorimer los pasos aplomados, acercándose.

Deslizó la diestra hacia el bolsillo interior especial, colocado en el forro de sus pantalones, y que partiendo del botón central seladeaba para dar cabida a una automática.

Los pasos eran de uno solo, que siguió de largo. Por lo visto, los cuatro acompañantes de Ingrid montaban guardia alrededor de la casa.

Lorimer miró al interior. Una sala con piano de cola, biblioteca, una mesa despacho...

Entró. No solía pensar las cosas demasiado. La alfombra era mullida y ahogaba el susurro de sus pasos.

Se adhirió a la puerta. Hablaban, no muy lejos. Se aproximaban. Miró cerca de él, saltando tras un reloj antiguo, amplio, macizo, de dos metros de altura.

La puerta se abrió, y entraron dos hombres entre los que iba ella. Tenía razón Monty. Era una rubia espléndida, luminosa, estatuaria.

A su izquierda, iba el del monóculo. El financiero Lars Printz, envarado, de aspecto joven, distinguido.

El otro era de corta talla, nervioso, con largos cabellos blancos y barbita en punta. Gruesos lentes daban aumento a sus ojos de miope. Sentóse ella cerca del piano, cuya tapa levantó.

Lars Printz habló en sueco:

—He convencido a Strovel de que su magnífica Atlantropa puede ser una realidad.

Strovel alzó la diestra, antes de sentarse.

—Atlantropa no es mía. Soy uno de sus fervidos creyentes, y he ampliado, como si dijéramos, su parte técnico-administrativa. El señor Printz me anunció que usted, señorita Engel, poseía buenas

amistades en Africa.

Con voz cálida, algo indiferente, replicó ella:

—Así es.

Reflexivamente, comentó Strovel:

—Son necesarios muchos millones, muchos.

—Tantos que yo solo no podría financiar este proyecto —afirmó Printz—, pero estoy dispuesto a encabezar la sociedad de financieros que inicie los primeros pasos de establecimiento de la Atlantropa, la tierra del porvenir, el magno proyecto que a nuestros descendientes les dará un mundo mejor, con numerosas posibilidades.

Ingrid Engel bostezó delicadamente, cubriéndose los labios con los dedos.

—He venido principalmente a advertirle de dos cosas, Strovel. Mi prometido es emprendedor y al hablar de grandes negocios se embriaga, olvidando lo principal.

—Por favor, Ingrid... No creo preciso...

—Sí, y mucho. Muy preciso es que el señor Strovel sepa que desde el momento en que ha aceptado poner su talento aliado a tus posibilidades y crédito, corre un grave peligro.

—El señor Printz ya me informó, señorita Engel —sonrió el suizo.

—Le dije que tú, debido a ciertas desagradables experiencias, crees estar siempre rodeada de un constante peligro.

Afirmó ella:

—En este mismo instante, alguien puede estar espiando.

Tras el reloj, Lorimer sostuvo la respiración unos instantes. Oyó la risita del suizo Strovel.

—Los cuatro hombres que la acompañaron, señorita, vigilan la casa. Además, prefiero hacer el viaje en el yate del señor Printz. Es el mejor medio de evitar cualquier peligro. Es difícil que en el yate se introduzca alguno de sus enemigos.

—Ya sé que usted considera imaginaciones femeninas mis temores. Yo le puedo garantizar que tan pronto mis enemigos sepan que estoy a bordo del yate, habrá muchos tiburones siguiendo la estela que deje, y en cualquier puerto... En fin, yo se lo advierto lealmente, Strovel. Llámeme Ingrid.

—Y agradezco su claridad. Yo quería conocerla, Ingrid, porque al parecer, y según me dijo el señor Printz, fue usted quien le aconsejó

me ofreciera la financiación de la Atlantropa.

—Es un proyecto grandioso, digno de dedicarle la vida entera. Hace tiempo leí las primeras investigaciones resultantes de los estudios científicos del arquitecto y arqueólogo muniqués Hermann Sörgel. El porvenir del mundo está en Africa. Tendremos tiempo de hablar a bordo, Strovel. He venido para decirle solamente que correrá un peligro constante al estar cerca de mí.

—El señor Printz no parece estar disgustado con esta posible existencia de peligro.

—Lars me quiere. Es distinto, Strovel.

—Yo adoro, con más amor del que puede dedicarse a una mujer por hermosa, inteligente y deliciosa que sea, yo adoro la Atlantropa.

—Bien, pero me dijo Lars que, al parecer, usted tiene una nieta de la que no quiere separarse, y a la cual piensa llevarse consigo.

—En efecto. Trudi vendrá conmigo a bordo del yate: Me ha dicho ya el señor Printz que en su barco hay todas las seguridades posibles y es tripulado por expertos marineros, que a la vez son de un arrojo y coraje a toda prueba.

—¿Qué edad tiene su nieta?

—Diecinueve años. Es valiente, sumisa, callada, y además lo único que me queda de familia.

—Bien, ya le he advertido, Strovel. Me voy. ¿Cuándo han decidido embarcar?

—Mañana mismo al atardecer, Ingrid —dijo Printz, levantándose también.

—No me acompañes, Lars. Ya sabes nuestro convenio. Cuando esté en tierra no quiero que me acompañes.

—Por Dios, Ingrid. Vives siempre pensando que estás espiada por enemigos.

—Lo dicho, Lars. Vuelvo a bordo. Quería conocer al señor Strovel, y me parece un caballero leal. Me agrada usted, Strovel.

—Entonces llámeme Hans, Ingrid. ¿Nos permitirá que la acompañemos al menos hasta la salida de la casa?

—No hace falta. Hasta mañana.

Acarició la mejilla de Lars y estrechó la diestra de Strovel. Se alejó. Al poco, murmuró Printz:

—Discúpela, Strovel. Ha vivido cinco años muy accidentados, desde sus dieciocho. Una triste historia, que algún día, si ella me

autoriza, le contaré.

—Si se siente amenazada, ¿por qué no acude a la policía?

—Son cuestiones de venganza privada. En fin, Strovel, vamos a ultimar los detalles concernientes a la documentación de Atlantropa.

Abandonaron los dos la sala.

Lorimer salió de tras el reloj y dirigióse a la terraza.

Saltó al jardín y poco después llegaba junto a su moto. El «Volvo» ya estaba lejos.

Empujó la moto hasta la autopista desértica a aquella hora de la noche. Embalando pensó en la Atlantropa. ¿Qué sería? ¿Qué se ocultaba tras todo aquello?

Pasó como una exhalación junto al coche en que iba la preciosa sueca. Le podía muy bien sacar al «Volvo» una delantera de diez minutos. Y los había recorrido ya cuando rió, fastidiado.

Dos motos idénticas a la que él montaba acababan de aparecer por un recodo y hacían ulular sus sirenas.

Tres motos más avanzaron hacia él por todo lo ancho de la autopista.

CAPÍTULO IV

Los dos motoristas flanquearon a Lorimer haciendo señas para que parase. Lo hizo Lorimer al divisar el puesto de control policíaco, arrimándose a una de las aceras del inicio de la ciudad.

Ahorquilló la moto, y se frotó las manos.

Los dos policías delante de él le contemplaban con escandalizada severidad. Uno de ellos dijo:

—Entre allí, por aquella puerta, la marcada con un número cuatro. Y mantenga pies y manos tranquilos.

—Tranquilos, eso es, colegas.

Empujó la puerta metálica que le había señalado. Se dirigió al teléfono puesto sobre la mesa de un teniente uniformado, de tráfico.

—Este individuo es el que robó la moto del muelle K.

—La tomé prestada. No había más remedio. Telefonee, teniente, al número de la Sis. Que le describan al agente Alan Lorimer, que soy yo. Tengo prisa. Estoy de servicio y no tenía a mano otro medio de locomoción. Préstense ahora un coche. No quisiera que me vieran otra vez con la moto. Dejaré el coche en el muelle K. Éstos son mis documentos. Guárdelos hasta controlar. Déjenlos lo antes posible en la hostería junto al Merryboys, habitación cuatro, a mi nombre. ¿Puedo llevarme el coche? De un momento a otro pasarán los que me interesa no perder de vista.

El teniente había ya confrontado la foto especial de Lorimer sobre su carnet muy especial. Asintió.

En el coche, Lorimer seguía pensando en la Atlantropa. No había pasado aún el «Volvo».

Abandonó el coche en la esquina del hangar inicial del muelle K.

Corrió hacia el Merryboys donde, al entrar, acudió a su encuentro Monty Morgan.

—¡Qué bulla, Alan, qué bulla has formado!

—Nada de nada. Soy un tipo influyente.

—Te estarán buscando nubarrones de motoristas. ¿Dónde vas ahora?

—Al teléfono.

—Oye, hay en el embarcadero unos tipos sospechosos. Están aguardando, hace ya unos cinco minutos.

—Luego me lo cuentas.

Entró en la cabina, marcando números.

—Al habla Alan Lorimer. Preciso lo antes posible una detallada información... Tome nota... Detallada sobre un tal Hans Strovel, que vive con su nieta a una milla de Annápolis. Y deseo saber también, si es posible, qué diablos es una cosa llamada Atlantropa... Sí, he dicho Atlantropa.

Colgó. Fuera, dijo Morgan:

—Jaleo a la vista. Lo huelo, Alan. Los que esperan abajo en el embarcadero, junto a la lancha, no son policías. Uno de ellos tiene toda la pinta del pistolero asalariado. Un sádico de los que disparan por gusto.

—¿Cuántos hay?

—Tres abajo, y otros dos camuflados tras aquella caseta.

—Tenía razón Ingrid. Hay muchos tiburones en torno a ella.

—¿Tiburones?

—Estos que esperan a que llegue el coche en que va ella, nos pueden facilitar la entrada a bordo. Tienen la ventaja de la sorpresa.

—Los cuatro que iban con Ingrid no parecen mancos.

El muelle K estaba carente de tránsito. Su embarcadero, destinado a yates, se extendía al borde del agua, en un trecho de veinte metros entre dos escaleras laterales.

Una caseta destinada a un vigilante nocturno distaba unos pasos del malecón que ocultaba el embarcadero.

Entre los gruesos bloques había entrantes suficientes para en ellos ocultarse un hombre en las tinieblas.

Tres se escondían ya, llevando en sus diestras un corto cuchillo, y en las zurdas una bolsita llena de arena, tipo de matraca muy efectiva.

Bajaron los dos marineros la escalerilla. Seguía Ingrid Engel, y tras ella, los dos de la canadiense.

Uno de los marineros se destacó al entrar en el halo de luz que proyectaba la rojiza linterna de popa.

Saltó dentro de la barca, y en aquel mismo instante surgieron los dos emboscados por la izquierda, y otro por la derecha.

El ataque fue tan fulminante como el destello de sus cuchillos.

Llevaban calzado con suela de goma.

Uno de los escandinavos, al tiempo que recibía una atroz puñalada en la garganta, clamó:

—¡Ingrid!

Su llamamiento semejó un gorgoteo, y en su agonía quiso avisar a la que, retrocediendo, subió las escaleras.

Los dos que la seguían se abalanzaron hacia los tres que abajo se habían desembarazado de los dos marineros.

No era tampoco una pistola lo que sacaron de los bolsillos de sus canadienses, sino una matraca larga.

Oyéronse los resuellos de la respiración agitada de los cinco hombres peleando entre sí. Uno de los atacantes estaba malherido.

Ingrid Engel se detuvo, porque, al ir a escalar el rellano, apercibió a los otros dos asaltantes que, abandonando su escondite tras la caseta, iniciaban el ataque.

Uno de los escandinavos se libró con hercúleo empujón del que, arañando el aire con su cuchillo, cayó al agua, semiabierto el cráneo por el golpe de la matraca plomiza.

Otro de los atacantes se abalanzó sobre el de la canadiense, asiéndole por el cuello cuando se disponía a acudir en auxilio de Ingrid.

El ataque y la defensa tuvieron lugar en menos de un minuto. Abajo, dos contra dos luchaban ferozmente.

Ingrid vio descender el primer peldaño a los dos que salían de la caseta.

Y fue entonces cuando en el rellano apareció Lorimer, adelantándose en su carrera a Morgan.

Avisó, sin mucha lealtad, porque a la vez de hablar, saltaba ya sobre los hombros de uno y asestaba un doble puntapié en tijera al otro, por la espalda de ambos.

—¡Allá va!

En confusa masa, rodaron los peldaños los que iban a atacar a la sueca, y Lorimer. Apenas tuvo ella tiempo de adherirse a la húmeda pared, para evitar rodar las escaleras con ellos.

Apareció en lo alto Morgan, clamando:

—¡Allá voy!

Ya en pie, Lorimer pegaba un puntapié al que estaba incorporándose, mientras asía la muñeca del que, también

ágilmente, se revolvía en el aire, asestando un cuchillazo en sesgo. Alzó la rodilla conectando con el estómago, y el cuchillo se hincó en su costado, pero amortiguado en su refilonazo. Retorció Lorimer la muñeca y al caer los dos en su forcejeo, oyó el gemido de agonía del otro, cuyo cuchillo se alojaba en su propio vientre.

En pie de nuevo, miró en torno. Morgan no había tenido que intervenir. Yacían en el suelo cuatro hombres, en la canoa otro, y uno de los escandinavos en pie, sangrando por el pecho, se apoyaba en el otro, hinchado el rostro.

Al agua había caído un marinero apuñalado, junto con su agresor.

Ingrid Engel dijo apresuradamente en sueco:

—¡A bordo, Carl! Pronto, todos a bordo.

Lorimer señaló a Morgan a los que estaban en el suelo, y después la canoa. Asiendo tobillos y sobacos, entre los dos, llevaron prontamente a los cuatro yacentes a bordo de la embarcación, mientras el escandinavo atendía a sus dos compañeros malheridos.

Ingrid, hasta entonces impasible, avanzó deteniéndose ante los dos improvisados defensores.

Dijo en perfecto inglés:

—Gracias, y a bordo podré explicarles lo sucedido. Además, usted está herido. Tengan la bondad...

Entró ella en la canoa y saltaron Morgan y Lorimer, el cual desató la amarra. El escandinavo dejó de atender a sus dos compañeros, y sentóse en el banquillo de remos.

Morgan hizo lo mismo a su lado y empezaron a bogar, apoyando los pies sobre los cuerpos sin sentido.

A popa, al lado de la sueca, comentó Lorimer:

—¿No querían volver a bordo los muchachos? Seguramente estaban bebidos en exceso.

—No eran marineros del yate. Nos atacaron inesperadamente, y puedo decir que, gracias a la oportuna intervención de usted, no lamentamos un funesto percance.

El de la canadiense, sentado, se recuperó. A tientas fue buscando hasta encontrar el rollo de cuerda, con el que, arrastrándose, fue amarrando pies y manos de los cuatro atacantes.

El que remaba con poderoso y fácil impulso, dijo en sueco:

—Deja, Piotr. Dos están muertos. Hazle un torniquete a Strij.

Por fin, en las negras aguas fue dibujándose el semiarco de luz

dimanando de estribor del yate. Se hizo visible la plataforma al término de la escalerilla, en la que aguardaban dos forzudos marineros.

Ordenó Ingrid en inglés:

—Llevad a éstos a la sentina cuatro, y a vosotros que os atienda Gunther. Él os curará.

Pasó a la plataforma y, mirando a Lorimer y a Morgan, invitó:

—Sígueme, por favor.

Subió la escalerilla, atravesó un trecho de puente y, abriendo una puerta encristalada, penetró en una amplia cámara, bien iluminada, decorada lujosamente y con buen gusto.

Se encaminó rectamente a un armario, mientras Morgan la miraba fascinado. Extrajo una caja blanca encima de la cual aparecía, en rojo, una cruz.

—Quítese la chaqueta y la camisa. Tiene una herida en el costado.

Obedeció Lorimer, mientras Morgan lamentaba no haber recibido el menor rasguño. Dijo ella:

—Sírvese el licor que prefiera.

Con gestos hábiles restañó la sangre, aplicando después una pomada, una gasa y varias tiras de esparadrapo.

Volviendo a ponerse la camisa, afirmó Lorimer:

—No ha sido nada.

—Pudo ser mucho. Acudieron a tiempo.

—Salíamos del Merryboys, cuando oímos un grito. Acudimos, y celebramos haber podido serle útiles. Por suerte, ni ellos ni ustedes empleaban armas de fuego.

—Para no llamar la atención. Son asuntos privados en los que ellos y nosotros preferimos no intervenga la policía.

En el umbral apareció un individuo alto, guapo. Muy rubio, vestido impecablemente con un traje blanco cruzado, empuñaba en la diestra una pistola.

Tras él, dos marineros, matraca en mano, miraban al interior.

Giraron a la vez sobre sus tacones Lorimer y Morgan.

El recién llegado, con dura expresión, decía en inglés:

—Estos dos sujetos hace ya tres días que están espionando el yate, Ingrid. Conviene llevarlos a la sentina con los otros. Son dos de los que tú llamas tiburones.

CAPÍTULO V

Lorimer frunció el ceño mientras Morgan crispaba los puños.

Ingrid dijo rápidamente en sueco:

—¡Atrás con tus dos matones, Olaf! Vete a interrogar a los otros. ¡Vete, Olaf!

Mirando alternativamente a Lorimer y a Morgan, añadió en inglés:

—Excusen a Olaf Printz. Está un poco excitado.

—Un momento, un momento —dijo Lorimer avanzando hacia Olaf Printz—. Usted acaba de acusarnos de no sé qué espionaje. Si no estuviera presente una señora, me daría el gustazo de ver qué tal le sienta en la cara el rojo sangre contrastando con su panocha.

—Ajá —silabeó Morgan.

—¡Maldito rubiales! Si Monty y yo nos sentamos al borde del agua, era para hacer tiempo, en espera de tener enrol a bordo de algún barco. Y si tenemos la fonda en este muelle, y no hay más barco que éste a la vista, no es culpa nuestra.

Iba a replicar Printz, pero una señal imperativa de Ingrid le hizo marcharse seguido por los dos forzudos marineros.

—Es el hermano del dueño del yate. Se confundió. Deben disculparle. Siéntese, por favor. ¿Qué pasa, Carl?

Era el de la canadiense, que sólo tenía el rostro algo tumefacto. En el umbral, replicó en inglés:

—Strij está malherido. Y Piotr tiene un desgarró muscular, un esguince en el tobillo y un cuchillazo en el muslo. El doctor Gunther dice que los dos tienen para largo en la cama, y además perdimos al pobre...

—Bien. Ya resolveré cuando venga Lars. Ayuda a Olaf en su interrogatorio, Carl.

Se fue el coloso, y añadió Ingrid:

—Es mi hermano. Este yate pertenece a Lars Printz, de quien soy novia. El que usted llamó rubiales es Olaf Printz, mi futuro cuñado. Yo soy Ingrid Engel.

—Mi amigo es Monty Morgan, timonel, y yo soy Alan Lorimer, gaviero, engrasador, ayudante de timonel, y, sobre todo, camarero.

—Y también un buen peleador —sonrió ella.

Tendía dos copas con coñac.

—Creo que les gusta.

—Nos gusta, sí. Somos de mar y en tierra pasamos frío y aburrimiento.

Ingrid bebió lentamente y, conservando la copa entre las manos, expuso:

—Este ataque obedece a determinados motivos personales. No acudo a la policía porque son asuntos antiguos, casi podría decir familiares. Yo llamo tiburones a los que pretenden lo que por un instante, esta noche, a no ser por ustedes, estuvieron a punto de lograr. En cada puerto puede esperarse la misma amenaza. Les explico todo esto por dos razones. La primera, porque les agradecería no dijese nada.

—A nosotros no nos agrada tampoco la curiosidad de la policía, ¿verdad, Monty?

—Ajá.

—La segunda razón por la que les he hablado así, es porque oí decir que están sin rol. Han quedado inútiles tres de los míos. Lamentable, pero los que se han enrolado han sido siempre advertidos de que, pese a ser un yate, este barco no se dedica a cruceros de placer. Lars Printz paga lo mismo desde el primero al último de los tripulantes, salvo al doctor Gunther. Cincuenta dólares diarios, manutención y, al término del viaje, una prima de mil dólares.

—¡Caray! —exclamó Morgan—. Perdón, quise decir, ¡concho! En fin, esto es magnífico.

—No tanto —rebatía Lorimer—. No has entendido bien, Monty. La señorita habla claro. Pagan así porque te juegas el pellejo cada vez que tocas tierra.

—Exacto.

—Pero ¡yo acepto! —declaró Morgan.

—Donde vas tú, voy yo, Monty. Aunque este embarque es para pensarlo.

—La paga es única, excepcional, Alan —apremió Morgan extrañado.

—Pero el señor Printz no tiene en su caja fuerte pellejos de recambio. No es que yo sienta repugnancia por pelear, señorita, pero no me embarco sin pensarlo un poco.

—Tiene razón, Lorimer —aprobó ella—. Al menos, así, si acepta, sabré que cumplirá. No zarpamos hasta mañana al atardecer.

—Oiga... Cuando encuentren a los dos ahogados, verán que uno es del yate.

—Cuando llegue Lars, les daré instrucciones sobre lo que deben decir. Supongo que tienen su documentación en regla.

—Sí. Podemos anotarlos en el rol de yates. Al fin y al cabo, cincuenta diarios, y mil al final, casi forman un montoncito sabroso, si el viaje es largo.

—Muy largo, Lorimer. Y confío en ustedes. No sé por qué, pero me guió mucho por el instinto. Y la gente de mar suele ser noble. Sé que no dirán nada a la policía, tanto si no se enrolan, como si aceptan. Repito las gracias, y no les ofrezco recompensa, porque sé que se ofenderían. Muchas gracias.

—Usted las posee todas —sonrió Lorimer—. Conste que si se lo digo, es porque todavía no formo parte de la tripulación. Después, si soy camarero o engrasador, sé cuál es mi sitio. Vámonos, Monty.

—Buenas noches. Cuento con que yo me enrolo.

—Buenas noches. Cuento con los dos. ¡Gosta! Lleva a nuestros amigos a tierra.

Alejándose del yate mantuvieron silencio al igual que el remero Gosta. Al desembarcar, empujaron la proa, y poco después, gruñía Morgan:

—Tú me embarcaste. Dijiste que navegar en aquel casco, no nos sentaría mal. Hablaste de romperles huesos a unos cuantos. Se nos presenta la ocasión y te haces querer. La diosa casi te lo suplicó, y tú allí, como si fueras un almirante.

—Ya oíste al rubiales. Nos llamaba espías. Si nos echábamos como lobos hambrientos sobre la oferta, la misma Ingrid podía sospechar que fuéramos tiburones como dice ella.

—Comprendido. Eres más listo que yo. Entonces, ¿aceptado, eh?

—Vaya que sí. Eso hay que celebrarlo, Monty. Te presto veinte y me invitas.

A la medianoche, ambos, tras copiosas libaciones, se acostaban.

A la mañana siguiente, mientras Morgan desayunaba, Lorimer en la cama repasaba toda la documentación remitida a sus peticiones acerca de Hans Strovel y la Atlantropa.

Hans Strovel era considerado un investigador erudito, especializado

en geología. Un hombre intachable, por encima de toda sospecha, al igual que Lars Printz.

La documentación sobre la Atlantropa interesó enormemente a Lorimer.

Era algo curioso, poco sabido.

Pero sobre todo lo que era sabido por muy pocos, era que el lugar en donde se emplazaba la llamada Atlantropa, era un sitio en que repetidamente se había visto planear Objetos Volantes No Identificados.

CAPÍTULO VI

Incineró Lorimer la nota Top Secret, referente a la frecuente presencia de vehículos procedentes de otros planetas en la misteriosa Atlantropa.

Fue leyendo:

«Estudios de Hermann Sörgel sobre la Atlantropa.

»Africa es el complemento natural de Europa por su cercanía. Es además, la región menos industrializada de la tierra. Africa tiene que ser el objetivo común de todos los europeos. Los grandes recursos sin explotar en Africa le permitirán a Europa ganar la batalla económica actual, sin recurrir a guerra alguna.

»Demostrada la insensatez de nuestra época, resalta que Europa necesita con la máxima urgencia algo que colme su anhelo, que ahuyente el desencanto de las nuevas generaciones. Algo que merezca ser deseado, que logre llenar de entusiasmo. Es preciso un ideal grandioso, algo posible, aunque a primera vista parezca fantástico. Un proyecto que unirá a los europeos, que otorgará al trabajo un nuevo sentido humano y dignificador, creando un espacio auxiliar verdaderamente europeo.

Éste es el plan de la Atlantropa, ideado por el arquitecto muniqués Hermann Sörgel.

»La Atlantropa de Sörgel, “Tierra firme junto al Atlántico”, descansa sobre el hecho de que el Mediterráneo, hasta los últimos tiempos de la época glaciaria, era, en gran parte, tierra continental. Africa y Europa se hallaban entonces unidas por un vasto puente, cuyos restos son Italia y Sicilia. No existían los

mares Adriático ni Egeo. Sólo dos gigantescos lagos se abrían a Oriente y Occidente de Italia.

»Más tarde, como consecuencia de la fusión de los grandes glaciares de tierra adentro, inmensas avenidas de agua hicieron ascender el nivel del Atlántico y del mar Negro, rompiendo los diques naturales de Stambul y Gibraltar, y precipitándose hacia los lagos interiores, inundaron las tierras de labor. Así nació el Mediterráneo.

»Hoy en día, sigue efectuándose esta afluencia de aguas. Cada segundo, entran, con un desnivel de 13 centímetros,

88 000

metros cúbicos de agua del Atlántico hacia el Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar. Cada segundo, 4200 metros cúbicos de agua pasan del mar Negro al Mediterráneo. Sin estos poderosos afluentes, el Mediterráneo se habría secado hace tiempo, debido principalmente a ser un mar de gran evaporación, por lo que cede a la atmósfera mucha más agua de la que recibe de los ríos.

»De estos hechos, demostrados científicamente, se deduce según Sörgel, la posibilidad de obtener

150 000 000

de caballos fuerza en forma de corriente, y rescatar unos dos millones y medio de hectáreas en condiciones climáticas excelentes.

»Todo ello se lograría construyendo un dique que cerrase el estrecho de Gibraltar, con lo que cesaría la afluencia anual de 2762 kilómetros cúbicos de agua del Atlántico, hasta el punto que el nivel del Mediterráneo descendería un metro por año, y nuevas tierras asomarían a lo largo de sus costas.

»Con ello, se producirían por doquier, desniveles, y el Po, el Tíber, el Ródano, el Maritza y el Wardar podrían

producir corriente. La navegación del Mediterráneo quedaría asegurada mediante esclusas, y se iría creando, surgiendo del Mediterráneo, un mundo nuevo en el verdadero sentido del concepto. Espacio y trabajo para millones de hombres, nuevas vías de comunicación y nuevas fuentes de energía, obras para realizar sin destruir nada de lo existente.

»La disminución anual de un metro en el nivel del agua, facilitaría el ensanche planificado de las ciudades de la costa y de los puertos. Se ganarían nuevas tierras, con la simultánea irrigación de grandes porciones del Sahara.

»Atlantropa será espacio para todos, trabajo para todos, y lo que vale más que ningún bien, reanima la esperanza. Nos puede demostrar a los europeos que el Occidente no ha agotado sus posibilidades ni tiene que vivir de la limosna usuaria de ninguna potencia dominante.

»Atlantropa no es un invento para fabricar armas destructoras. Es Europa salvándose a sí misma, es la lucha contra las fuerzas de la Naturaleza, la victoria sobre el mar.

»El espíritu holandés “del Zuiderzee”, es una gloriosa victoria, bien distinta a la de triunfar sobre nuestros prójimos, bien distinta a una de estas victorias que siempre engendran las nuevas guerras, nuevos sufrimientos y cada día mayores miserias morales y materiales, bajo la engañosa apariencia de un bienestar material y egoísta».

Por unos instantes, al término de la lectura, Lorimer permaneció pensativo, ensoñador.

—Quieto. Usted, quieto, si no quiere quedarse tieso.

La voz que así amenazaba era sorda, rencorosa.

Procedía de Olaf Printz, que empujando la puerta, acababa de

entrar, hundida la diestra en el bolsillo de la elegante chaqueta azul marino.

Pestañeó Lorimer disgustado. Sentía inquina contra aquel guapo escandinavo.

—No le van estos modales de matón de película. Saque la mano, a menos que quiera de veras que me caliente la sangre.

Abandonó Lorimer la cama. Vestido solo con *slip* y camiseta, mostraba una anatomía nudosa, membruda.

En el cuarto caldeado por la calefacción fue a hundir la cara en el lavabo, abriendo los dos chorros.

Olaf Printz habló mordiendo las palabras:

—Apártese del yate. He venido a advertirle. Apártese del yate.

Bajo el agua emitió Lorimer ruidos grotescos. Daba la espalda al visitante, pero le miraba por el espejo, aunque se frotase vigorosamente con las manos la cara y el cuello.

Olaf Printz dio dos pasos con los puños crispados.

Giró sobre los tacones cuando se disponía a acometer, porque alguien entraba.

Era Monty Morgan, y entre resoplidos bajo el chorro, dijo Lorimer:

—Aquí el rubiales, que se ha levantado agresivo. Quiere dejarme tieso, y cuando termine yo de refrescarme la resaca, lo voy a tirar por la ventana. Este fulano me ha cogido tirria, él sabrá por qué, y a mí me pasa lo mismo con él. Tampoco sé por qué, pero cuando le rompa su perfil griego, me quedará muy a gusto.

Printz miró de reojo a Morgan, y masculló:

—Sobran aventureros rondando la estela tras el yate. No se enrolen. No lo hagan.

Secándose con una toalla, Lorimer especificó:

—Usted no es el patrón, aunque sea el hermano del que paga. A bordo necesitan dos marinos, y allá vamos. Ahueque, Olaf.

El escandinavo titubeó unos instantes, antes de abandonar la habitación. Comentó Morgan:

—Este tipo no me gusta. Habrá que vigilar en las noches oscuras. Es de los que empujan al menor descuido, te lo digo yo. Y de los que después de tirarte al mar, se desgañitan pidiendo socorro, cuando ya no te pueden repescar. ¿Por qué vino a decirnos que no fuéramos a bordo?

—Caben varias teorías. Elige. Primero: que esté enamorado de

Ingrid, y le estorbemos. Segundo: que sea él mismo quien pagase a los de ayer, y le sepa mal que nosotros estropeáramos su plan. Tercero: que nos crea más inteligentes que los demás suecos de a bordo, y tenga preparado algo durante el viaje. Elige.

—No sé con cuál teoría quedarme.

—Te quedes con la que te quedes, siempre estará e] hecho de que no hay que fiarse de Olaf, hermano de un multimillonario prometido con una mujer fabulosamente bonita.

A las diez y media, la canoa partiendo del yate, vino al embarcadero. Remaba Carl Engel. Lanzó a los dos hombres el cabo para amarrar.

—Buenos días. Voy a la Comandancia para pedir dos tripulantes.

—Nosotros.

—Bueno. Vamos a por la documentación, y gracias por lo de anoche. Mi hermana corría peligro. Me ha dicho que no hagan mucho caso de Olaf. Está un poco loco, pero no es malo.

Había algo de ingenuo, de viril y sencillo en Carl Engel.

Tenía amoratado el lado izquierdo del semblante y al respirar torcía la boca en mueca dolorida.

Verificados los trámites regresaron a la lancha. Lorimer y Morgan con sus sacos al hombro. Cogió los remos Morgan.

Anunció Carl Engel:

—Iréis a la sala de máquinas. Durante el día no saldréis arriba. Por la noche, en el segundo turno, podéis pasear por cubierta, pero sin pisar los puentes de cámara.

El yate parecía deshabitado cuando los dos, cruzando la cubierta, fueron desapareciendo al interior en el compartimiento de los dos motores. Debían someterse a las órdenes recibidas. Los otros engrasadores, apenas si hablaban.

A media tarde, el tubo acústico repitió las órdenes dadas por Carl Engel, y el yate abandonó el muelle K de Baltimore.

Empezaba la que iba a ser una travesía muy accidentada.

CAPÍTULO VII

Al sexto día de navegación, el yate ancló en la rada de la capital de las Bermudas.

Morgan y Lorimer, bañados, mudados en holgada ropa de dril blanco, salieron a cubierta a la llamada de Carl Engel, siguiéndole. Penetraron en la canoa, sentándose en el banquillo de remo y contemplaron con placer el radiante sol que fulgía en la rada de Hamilton.

En el continente, frío, lluvia y borrascas, y ahora respiraban una fresca brisa salobre, y el sol entibiaba desde un cielo sin nubes.

—No hay como ser de yate —comentó Lorimer.

Morgan emitió un tenue suspiro contenido. Por la escalerilla bajaba, seguida de un marinero, Ingrid, que fue a sentarse a popa, y el marinero se colocó a proa.

Carl Engel señaló un punto en la rada. Remaron acompasadamente Lorimer y Morgan. Al atracar en el largo malecón, Engel señaló la canoa al marinero.

—Aguarda. Volveremos a media tarde.

Saltó a la plataforma que conducía a la playa, y tendiendo la mano ayudó a su hermana. Dijo:

—Ustedes dos atrás. Si alguien pretende acercarse a Ingrid, han de impedirlo.

Hamilton, construido en geométricas terrazas escalonadas sobre la ladera de una colina, contenía sus principales edificios en la Gran Plaza, cercana a la rada del puerto.

Algo chocaba a Lorimer. La ausencia de vehículos motorizados. Vio a Carl aproximarse a un caserón con abrevaderos, y arreos equinos. Ante ellos dos a una distancia de cinco pasos, se había detenido Ingrid que volviendo ligeramente la cabeza, expuso:

—Hay una huelga general y está prohibido circular en automóvil. Por esto mi hermano está tratando de alquilar dos coches de caballos.

Poco después Carl y su hermana se acomodaban en un cabriolé de dos plazas tirado por un caballo, y cubierto por un exótico parasol

de vivaces colores.

En un carruaje idéntico se instalaron Lorimer y Morgan, cogiendo éste las riendas.

Y los dos cabriolés arrancaron al trote por la amplia Avenida de los Cedros.

—Parece como si de pronto nos va a salir al paso un jinete enmascarado, en alto el sable de abordaje, Monty.

—Estas islas eran guaridas de piratas. ¡Qué lástima, galerna!

—¿De qué?

—De que estemos tan civilizados que da asco.

—Peores son los piratas de hoy en día. Y no sé por qué me huelo que pronto entraremos en jarana. Mira si no...

Y señaló Lorimer entre sus piernas, lo que contenía el portafolios que le había entregado Carl antes de subir al cabriolé.

Dos automáticas, con cargador largo de veinte cartuchos.

Entre dientes silbó Monty, y tuvo que tirar de riendas porque el potro, interpretándole mal, quería lanzarse a un galope brioso.

El carruaje conducido por Carl acababa de penetrar por una alameda lateral, cuyo inicio eran dos garitas.

De ellas, dos soldados con blancas polainas, uniforme azul, y gorra de visera saludaron marcial y cortésmente.

—Es la residencia del gobernador, si sabes leer, Monty.

—Ajá.

—Espero que por veinte dólares al día no pretenderán que tomemos por asalto la Residencia.

El cabriolé que les precedía vino a detenerse ante la gran escalinata de blanco mármol.

El edificio era de estilo colonial, abundando porches y columnas.

Descendió Carl Engel.

—Guarde los coches, Morgan. Usted, Lorimer, venga con nosotros. Vamos a visitar al agregado naval norteamericano.

Receloso, les siguió Lorimer hasta un gran vestíbulo. Poco después eran introducidos en un enorme despacho, donde un hombre uniformado, de unos cuarenta años, se puso en pie saludando a Ingrid Engel.

Ella avanzando, dijo algo totalmente imprevisto:

—Soy Ingrid Engel, señor. Deseo saber los motivos por los cuales, el servicio de Seguridad Internacional americano me ha colocado

como sombra a uno de sus agentes.

Y señaló a Lorimer, que parpadeó ante la rectitud del ataque.

El agregado naval miró a Lorimer, y replicó:

—No tengo la menor noticia de lo que me dice, señora. No obstante, dado lo extraño de su declaración, ordenaré al departamento especial que se informe por radio.

Intervino Lorimer:

—Ningún servicio de seguridad de ninguna nación, da explicaciones de lo que hace. Puede ahorrar pérdidas de tiempo a su servicio de radio, comandante. La reclamación de la señorita Engel, no tiene respuesta legal. En efecto, soy agente del

S. I. S.

¿Y qué, con ello?

La pregunta iba dirigida a Ingrid, y el agregado naval aguardó, asombrado. Ella contestó:

—Al menos no tergiversa ni pretende mentir.

—Yo soy así. Mi profesión exige disimulo, pero cuando me descubren, no tengo por qué despistar. Hay un informe internacional presentándola a usted como huésped non grata y peligrosa. Ahora bien, si está de vacaciones y reposa, haberlo comunicado a la jefatura correspondiente, y tal vez me habría yo ahorrado jugar a marinero de yate. Pero de momento sigue usted en territorio americano, donde el

S. I. S.

tiene derecho a fiscalizar sus pasos. Cuando el yate zarpe y no toque más en puerto americano, o donde tengamos bases, nadie que pertenezca al

S. I. S.

la importunará. ¿Queda todo claro, señorita Engel?

—Perfectamente claro, y le agradezco su estilo. En realidad, aquella noche en Baltimore, me evitó usted un grave contratiempo. Señor comandante, lo que deseo es poner también en claro es qué no me ha traído a los Estados ni a las Bermudas, nada que no pueda explicarse. Me he reunido en Baltimore con mi novio Lars Printz, en cuyo yate me traslado a la costa africana. Mi próxima escala es las Azores, posesión portuguesa. Después Tenerife, isla española; Dakar, puerto que fue francés, y por arribada final, Luanda, en Angola portuguesa.

El comandante hizo un gesto evasivo.

—A mí sólo me incumbe dar información de cuanto acabo de oír, y poner mi firma y sello, en la hoja de ruta del yate, haciendo constar que pide rumbo a las Azores, y caso de desviarse o ir a otro puerto, sería incautado hasta aclarar. Nada más. Y apenas por radio obtenga confirmación de ruta, pondré el visado en la hoja de navegación. ¿Algo más, señorita Engel?

Denegó ella en silencio. Mirando a Lorimer, preguntó el agregado:

—¿Presenta usted alguna denuncia?

—Nada en concreto, comandante. Por mi profesión, estoy capacitado para determinar que, por ahora, el yate puede seguir su viaje. A la vez le hago saber que me llamo Alan Lorimer, y que posiblemente me tendrá que facilitar un pasaje para los Estados. Tengo ahora que recoger mis pertenencias a bordo.

Carl Engel se había limitado a permanecer impasible, escuchando. Al salir los tres al vestíbulo, murmuró Engel:

—Agradeciendo su actual intervención, Lorimer, me abstengo de propinarle una paliza por haberse colado en el yate a espiar. Lo uno por lo otro.

—Si le ha de dar gusto, Engel, no se frustre. Una buena paliza siempre me ha gustado darla...

—No sean niños brutos —atajó Ingrid—. Ahora ha quedado todo en claro, Lorimer. Usted pierde el tiempo a bordo, y tú, Carl, piensa que si él hubiera querido ponemos obstáculos le bastaba aludir a que no fue una camorra de borrachos la que ahogó a dos hombres en el muelle K.

Puntualizó Lorimer:

—También hubiese podido aludir al hecho de que dos de la matraca habían quedado vivos, y sin embargo, fueron a parar al agua de alta mar, difuntos. Todo se sabe, aun sin querer.

Explicó Carl:

—Fueron interrogados un poco duramente por Olaf, y como estaban malheridos, murieron. No tengo el menor remordimiento, por cuanto ellos pretendían matarnos.

—Ya sé. La sociedad se beneficia con la eliminación de asesinos. Un momento. No salgan aún. Me interesa hacerles saber que Monty Morgan ignora por completo que soy agente del

S. I. S.

Me cree honradamente un marinero como él. Era su ilusión embarcar en el yate, porque está cándida y poéticamente enamorado de usted, Ingrid.

—Lo adiviné. Usted busque el pretexto para irse, y él puede seguir si le gusta.

—Por último, una pregunta ingenua.

—Usted y la ingenuidad están reñidos.

—¿Cómo supo que era agente del

S. I. S.?

¿Lo llevo escrito en la cara?

—Le duela o no, habrá de admitir que en el terreno que calificaremos de tenebroso, usted y sus compatriotas son poco diestros. Sin rencor, Lorimer. Adiós.

—Adiós.

Los dos hermanos subieron en el cabriolé. Tras ellos, de vuelta al puerto, sentado junto a Morgan, dijo Lorimer:

—Tuve unas palabras de más con ellos, Monty. Me han echado. Ahora recogeré mi equipaje, y vuelvo a los Estados.

—Hombre, empezamos juntos y...

—No te creas obligado a serme leal, Monty, ya que no lo fui contigo. No te enojés, pero no podía revelártelo. Soy del Servicio de Seguridad Internacional. Me olieron.

—¡Ay, galerna!

—Pero Ingrid sabe ya que tú lo ignorabas, y no quiero que pierdas la ocasión de los cincuenta diarios y los mil de prima. Ya nos volveremos a ver.

A bordo, cargado ya con el saco al hombro, tropezó Lorimer con Carl, al salir de la sala de máquinas. Llevaba en la diestra un fajo de billetes de a veinte dólares.

—Es su paga. Acéptela. Cumplió en las máquinas.

—Acepto. El trabajo honrado debe ser remunerado.

—Ingrid está en la cámara. Los demás pasajeros han ido a tierra. Si quiere despedirse de ella...

—Con gran gusto.

Lorimer se dirigió al conjunto de compartimientos destinados al pasaje.

Cuando atravesando un salón minúsculo, se disponía a entrar en la sala comedor, le pareció que repentinamente se desplomaba el

techo.

Densas tinieblas invadieron su cerebro.

Un golpe certero y técnico, aplicado con un corto madero en la base del cráneo, acababa de privarle del sentido.

CAPÍTULO VIII

A partir de entonces todo fue confusión para las sensaciones de Lorimer, que tuvo que guiarse más por sus instintos que por su razón.

Cuando el largo y permanente zumbido de sienes y oídos cesó, percibió el traqueteo peculiar e inconfundible de las máquinas, junto con un olor a hongos y herrumbre que le delataba su cárcel. Un sollado.

Tobillos y muñecas le dolían porque en la carne se le hincaban prietamente unas cordezuelas.

Tenía la boca obturada y mordió rabioso, comprobando que su mordaza era un pedazo de corcho sujeto por una tira de tela.

Una densa oscuridad le envolvía, pero notó que cerca había un ser humano, inmóvil, silencioso.

Trató de adivinar, pero no veía nada. Dio vuelta sobre sí mismo, chocando contra un mamparo. Y supo que junto a él había otro prisionero.

Lo que más le dolía era la cabeza, y al tratar de moverse de nuevo, chocó con ella en un reborde del estrecho sollado.

El golpetazo volvió a privarle del sentido.

Después, lo que siguió fue como una pesadilla. Subía y bajaba. Miles de diminutos puntos luminosos brillaban sobre su cabeza.

Estaba tendido boca arriba y oía el chapotear del agua contra los costados de una pequeña embarcación. Junto a su hombro notaba la presión de otro cuerpo humano, inerte como él.

Luego, en la semiinconsciencia, percibió un choque que inmovilizaba la lancha, y por fin sus espaldas quedaron apoyadas sobre algo blando y húmedo.

No se oía más que un leve susurro. Agua lamiendo arena. Noche por doquier y arriba estrellas, pero sin luna. La visibilidad era nula.

Le parecía que sus manos y sus pies debían estar monstruosamente hinchados, porque las cordezuelas congestionaban la sangre. Dio vueltas sobre sí mismo hacia el largo bulto tendido un poco más allá. Fue estirándose hasta lograr que sus manos atadas a la espalda

quedasen a la altura del otro rostro.

Tenía los dedos insensibles, agarrotados, pero logró lo que se proponía después de muchos intentos.

El corcho y la tira de tela ya no rodeaban la boca y nuca del otro bulto humano. Esperó, pero solamente oía una fatigosa respiración.

Y por fin, lo que sospechaba:

—¡Ay, galerna! Seguro que eres Alan. Arrima la boca a mis manos.

Largos forcejeos, y por último aspiró Lorimer ávidamente. Se contrajo y logró sentarse. No había duda que iba amaneciendo. Los contornos se dibujaban más sólidos.

Un islote, rocoso, con arrecifes a flor de agua. Estaban sentados en una playa llena de surcos en la arena. Surcos de lagartos y tortugas.

—No sé quién fue, pero al pasar por entre dos motores, me atizaron en la cabeza —gruñó Morgan.

—Lo siento, tanto como tú, porque también me duele la cabeza en el mismo sitio. Porra de madera. Me dijo Carl, a quien el infierno devore, que la dulce Ingrid quería despedirse... Después dirán que soy un amargado si afirmo que no hay lealtad en este cochino mundo.

Estaban ya los dos espalda contra espalda. El cielo aclaraba, y en silencio, mezclaron sus dedos en torpes intentos de buscar los nudos de las cordezuelas.

El sol se levantó. Y ardía esplendoroso, cuando Morgan aulló:

—¡Ya! ¡Ajá!

Sacudía los brazos abriendo y cerrando las manos libres, para devolver la circulación y el tacto a sus dedos. Liberó las manos de Lorimer, y ambos se soltaron los tobillos.

Arrastrándose llegaron al borde de la arena, sumergiendo los rostros en el agua. Apretaban la boca para evitar tragar el líquido helado. Una sed intensa les convertía la lengua en estropajo.

Buscó Lorimer un sitio para trepar y al llegar a lo alto de un roquizo miró en torno. Mar, y muy lejos, una sombra oscura a flor de agua.

A su lado, gruñó Morgan:

—Nos han abandonado en un islote sin agua, y apuesto mil contra uno, a que está fuera de ruta. No pasan por aquí los cascos civilizados. ¡Ay, galerna, si salgo de ésta!

—Lo mismo digo —masculló Lorimer, sombrío.

Halló una oquedad a resguardo del sol, desde donde se dominaba el

horizonte. A su lado, afirmó Morgan:

—No hay una sola astilla con la que empezar un conato de embrión de balsa para largarse, Alan. Ni siquiera un fuego para de noche llamar la atención. ¡Estamos aviados!

—»Nunca he sido náufrago. Tú tendrás más ideas para el caso.

—Echarse al agua es absurdo. Aquello que vemos es un islote como éste. Parece cercano, pero tardaríamos dos días en llegar. Por otra parte, si esperamos aquí, nos morimos de sed lentamente, pero si llueve, tardaremos unos días más en morir.

—Pasará algún barco...

—Está fuera de ruta este pedrusco. Es uno de los tantos islotes a poniente de las Bermudas.

—Hubiera sido más decente que los del Tritón nos matasen. Lo que han hecho con nosotros no tiene perdón. Lo que me revienta es que estés aquí por mi culpa. Sí, hombre, no cabe duda. Los Engel tenían algo que esconder, y desconfiaron de ti, creyéndote otro agente.

—Si te ha de consolar, Lorimer, y ahora que las vamos a pasar muy negras, ya podemos hablar sin tapujos. Los del

S. I. S.

te consideran demasiado impulsivo. Te confiaron la misión de vigilar a Ingrid... y a mí también.

—¡Entonces, te está bien empleado! ¡Anda, tío listo!

¿O sea que los dos nos dábamos el camelo, eh? Tú eras un honesto marino, un lobo de mar, ¿eh?

—Lo soy. Siempre he navegado, pero hace tres años que pertenezco al

S. I. S.

Y no tengo ganas de reírme, porque se me rajarían los labios. Los tengo agrietados como un higo seco. Y tú también. Oye, me voy a la otra vertiente. La noche será fresca, puede llover, puede pasar un barco...

—Lo que me consuela es que cuando los del

S. I. S.

no tengan noticias nuestras, apresarán a los Engel.

—Ni eso. ¿De qué pueden acusarles? No hallarán ni rastro nuestro... Bueno, me voy al otro lado. El primero que vea algo, avisa silbando. Hay nubes al noroeste. Puede llover...

A solas, pensó Lorimer en muchas cosas para evitar desesperarse.

Atardecía y se le antojaba que toda su vida había estado sitiado por una inmensa extensión de agua azul y saladísima, impotable.

Trataba de concentrarse en diversas ideas absurdas, porque cuando en su imaginación desfilaban jarras de cerveza helada, sentía que iba a enloquecer.

Al crepúsculo, se tumbó boca abajo, lamiendo la piedra lisa, buscando un frescor que calmase sus abrasados labios. La piedra era tibia, áspera.

Cerró los ojos, agotado. Sabía ya que no podía moverse, y empezaron las pesadillas.

La predominante era un enorme velero. Un bergantín, cuyo capitán era un gigante con pañuelo rojo a la cabeza, y que cantaba desaforadamente.

A la vez se vertía por encima el contenido de un barril lleno de cerveza espumosa.

El rubio líquido inundaba la cubierta, y los demás piratas se revolcaban en la espumosa cerveza que llegaba a media pierna de los tripulantes.

Un bergantín de enormes velas blancas. No, no era un bergantín. Era una goleta de dos palos que estaba arriando velas. Y el ancla caía ruidosa en el agua, levantando penachos de espuma salada.

Quiso imprecicar contra aquel fantasma, contra aquella goleta que estaba anclando a un centenar de metros de su cabeza.

Y exasperado, sin fuerzas, rodó sobre sí mismo como un fardo, cayendo hacia abajo.

El frescor del agua salada le envolvió al sumergirse.

CAPÍTULO IX

La primera sensación de Lorimer al volver a la vida, fue notar que en su estómago había una fogata y por su garganta se deslizaba algo frío, agradable.

Los párpados le pesaban, pero consiguió alzarlos. Tenía delante a un individuo de tosca apariencia, y él estaba tendido en una hamaca, sobre la cubierta de un barco en movimiento.

La luz de las linternas era tenue, o había escasas linternas encendidas como si la nave evitara señalar su rumbo en la noche.

El hombre que tenía delante le aplicaba una cuchara a la boca, y reconoció Lorimer que era coñac lo que resbalaba hacia su estómago. Un coñac refrescado con trocitos de hielo picado.

Durmió pesadamente después de haber intentado, en vano, hablar.

El balanceo de la hamaca, era grato. Y se sintió despejado, lúcido, cuando al abrir los ojos, la brisa del amanecer barría la cubierta.

No se divisaba tierra por ninguno de los horizontes. Se incorporó, pero al apearse de la hamaca tuvo que asirse al cordaje.

Contempló entonces los dos palos con las lonas hinchidas, el timonel, el serviola, y la toldilla, donde un hombre, en camiseta rayada, pantalón azul, pies desnudos y gorra de visera echada hacia atrás, paseaba a lo ancho.

Sólo había cuatro tripulantes visibles. El cuarto iba comprobando las jarcias. El tiempo era bueno, favorable, sin marejada, y la proa de la goleta cortaba rauda el agua.

Desde la hamaca a la escalerilla que daba acceso a la toldilla, tardó más de lo normal, porque debía asirse a la borda.

Subió los, cinco escalones agarrándose a los dos pasamanos, y por fin, en la toldilla, miró al que por la gorra y el sitio en que se hallaba, demostraba ser el dueño de aquella misteriosa goleta.

—Logan, capitán Pat Logan —se presentó el paseante, deteniéndose. Tendría unos cuarenta años, era pecoso y de ojillos vivaces, astutos. Dos cicatrices cortaban respectivamente su mentón y el pómulos izquierdo.

—Alan Lorimer, de Washington, capital. Debo darle las gracias,

capitán Logan. Si no se asoma su goleta, me muero de sed... ¡Maldición! Conmigo estaba...

—No se apure. Al otro también lo cargamos a bordo. Tuvieron suerte de que una lancha aduanera nos confundió con contrabandistas y para no perder tiempo en explicaciones, metí la goleta por el paso del Islote Seco. Usted se zambulló y le pescamos. El otro, se arrastraba por las rocas, y también le atendimos. Yo tengo un viaje que rendir, y por esto, tocarán puerto donde toque yo.

—Gracias, capitán. ¿No se ha sentido nunca resucitar?

—Sí, y es cuando más se aprecia la vida —rió Logan—. El otro sigue allí, amodorrado en otra hamaca. Los dos estaban igual de estropeados. Nada en los bolsillos.

—El otro se llama Monty Morgan. Quisiera explicarle por qué nos encontró así.

—No hace falta, Lorimer. Soy de mar, porque es donde más libre se vive. Si son náufragos, ya se las entenderán con su cónsul. Confieso que no tengo vocación de salvavidas. Iba a cumplir con la ley del mar, dejándoles una balsa, alimentos y un barril de agua. Pero era como darle una foto de *Miss Mundo* en bikini a un ciego. Hubiese perdido la balsa, las provisiones y ustedes el pellejo.

—Quisiera pedirle un favor, capitán.

—Veamos a ver, luego veremos.

—Cuando le falte una noche para tocar puerto, denos a Morgan y a mí, una balsa y un barril de agua. Ya sabremos llegar.

Los ojillos de Logan sonrieron.

—No es demasiado pedir. ¿Y por qué?

—Al explicarle a nuestro cónsul lo sucedido, no tenemos por qué mencionar esta goleta.

—Usted es un chico listo, ¿no?

—Anoche había una sola linterna y estaba rodeada con chapa. No había luces en los palos, ni las de posición a proa y popa. Por lo tanto significa que usted, capitán, viaja de riguroso incógnito. Y si me hiciese el disimulado, sería desleal. El contrabando es un negocio suculento.

—En las calas llevo cemento.

—De acuerdo, capitán. No es meterme en lo que no me importa. Es que quisiera que tuviese plena confianza en Morgan y en mí. Ni

somos chivatos ni perros desagradecidos. Usted nos salvó del peor fin.

—Ahí viene su amigo.

Tambaleándose, Monty Morgan subía. Una ancha sonrisa distendió su rostro al apoyar las dos manos en los hombros de Lorimer.

—Ajá. Mala hierba nunca muere. ¡Ay, galerna, qué goleta más fina! Así las sueño. Con el viento portándose bien, no hay quien les de alcance. Poco usará de motor por estas singladuras, capitán.

—Pese a tener prisa, el capitán Logan nos salvó, Monty.

Gritó Pat Logan:

—¡Mike! ¡Relévame!

Señaló la pequeña cámara de popa.

—Son ustedes mis forzosos pasajeros. Podemos desayunar juntos.

La reducida cámara, era una prodigiosa demostración del arte de hacer útil un espacio pequeño. La mesa era plegable así como los taburetes. Una litera al fondo, un lavabo, una mesita, y varios anaqueles.

De uno de ellos extrajo Logan varios botes de conserva y dos botellas.

—Cerveza, carne y arenque ahumado. Sírvanse.

Los tres se dedicaron a masticar y beber en silencio. Por fin, Logan sacó una botella de su fresquera personal.

Era coñac. A la vez, con la otra mano tanteaba una cafetera empotrada en un calentador de batería.

El negro café humeó aromático en tres tazas de grueso cristal, y en tres vasos estrechos y altos, el coñac añejo despidió su grato olor.

—Si no me cuido yo, nadie lo hará —especificó Logan—. Y me ahorro un cocinero. Es curioso, pero los cocineros suelen ser siempre charlatanes, y a bordo somos ocho, pero bien avenidos. Dentro de unos días tendré que imponerles una molestia.

—Un capitán con su estilo de hablar, nunca molesta.

—El caso es que soy caprichoso. Usted no entiende mucho de mar, Lorimer, pero Morgan es lobo viejo. Por el olfato, adivinaría una singladura. Dejarles ahora en una balsa no les conviene. No hay tierra cercana. Y llegará una hora, la que me conviene a mí, en que por aquello de que lo que no se sabe nunca perjudica, será preciso que ni vean, ni huelan ni oigan. Serán unas cuantas horas encerrados, pero no se morirán.

Durante cinco días y cinco noches la goleta navegó sin necesitar del motor. Al amanecer siguiente, al enrizar los velachos. Morgan comentó:

—Motor. Contra viento. Nos toca perder por unas horas la vista, el olfato y el oído.

En la toldilla manifestó Pat Logan:

—Al anochecer habré terminado. Basta con que no salgan de mi camarote. Las lucarnas están tapadas desde fuera.

En el interior del camarote, encendida la linterna, no divisaban nada del exterior. Comentó Lorimer:

—Por mí, no hacía falta. No tengo ni idea de dónde estamos.

—Según... Cuando suelte los fardos de contrabando, si el capitán manda norte, llegamos a las Azores. Si manda éste, las Canarias. Si pone rumbo sudeste, tocamos en las islas de Cabo Verde, a poca distancia de Dakar.

—En los tres puntos, sabremos del Tritón. ¡Nunca he deseado tanto volver a ver a una rubia!

—Es que es guapa de veras —dijo Morgan, pero sus ojos relucían rencorosos—. Yo, no hago más que darle vueltas al problema: ¿qué haré con Carl y su hermanita, cuando les meta mano? Ella es una mujer, ¡galerna!

—¡Un demonio! Nos abandonó a la peor muerte posible.

Dormían cuando entró Pat Logan. Ya no se oía el motor.

—Terminado mi asunto particular, amigos. Por cierto, me olvidé de citarles el puerto donde debo deslastrar el cemento.

—Cualquiera nos vale, capitán.

—Tenerife. No hace falta la balsa. Ustedes la tenían y les recogí esta noche a las once, en mi singladura normal desde Boston. Así lo anotaré en mi diario de a bordo. Monty, como buen marino, sabrá calcular las derivas para dar como punto de naufragio, o lo que sea, el más aproximado a mis datos de navegación.

—Seguro, capitán.

—Y a propósito, según donde quieran ir luego, les puedo dar pasaje. Depende también de la carga que mejor me cuadre.

La goleta a favor del viento surcaba veloz hacia las Islas Afortunadas y desde sus hamacas vieron los dos ex náufragos recortarse el elevado pico del Teide.

Anohecía cuando al proa de la goleta enfilaba los acantilados de

Punta Anaga, tras los que abríase ya el litoral de Santa Cruz de Tenerife.

CAPÍTULO X

El cónsul norteamericano escuchó atentamente las explicaciones de Lorimer, y por fin expuso:

—Permítanme una sugerencia. Alójense en el Mirador, y fíjense en un individuo llamado Ferdy Sverborg. Hace cinco días desembarcó de un frutero y he sabido que acudió a la Comandancia de Marina para averiguar si sabían algo del yate Tritón. No me extrañaría que fuese un enemigo personal de Ingrid Engel.

Les describió a Sverborg. Alto, fuerte, muy rubio, largo cabello, y con la nariz aplastada, como si hubiese practicado el boxeo.

Con el préstamo donado por el cónsul, se alojaron en el Mirador, y tras asearse, bajaron al comedor, presentando el aspecto corriente de unos marineros en escala larga o reponiéndose de enfermedad.

En el registro pudo Lorimer comprobar que Sverborg ocupaba la habitación número 15. En el comedor, ocuparon la mesita contigua a la que tenía encima el soporte con el número 15.

Terminaban de desayunar cuando apareció un individuo alto, rubio, calzando recias botas, pantalón corto.

Su nariz estaba achatada, y los ojos eran claros, fríos, insondables, con casi carencia de expresión. Empezó a engullir un desayuno especial: coliflor rebozada, huevos con carne y plátanos.

Encendiendo un cigarrillo, dijo Lorimer:

—No tardarán, y te juro que se van a acordar de nosotros, Monty.

—Bonita como es ella, me dará pena estrujarle el cuello.

—Ingrid y Carl son dos sentenciados, te lo aseguro.

Y Lorimer, de perfil, miraba el espejo en el panel de pared, donde vio a Sverborg que al ir a engullir un plátano, quedó un instante en suspenso al oír mencionar a Ingrid y a Carl.

Lorimer, al igual que Morgan, fueron bebiendo lentamente su coñac, en silencio. Terminado su desayuno, Sverborg abandonó el comedor.

—El anzuelo ya está cebado. Ahora, si pica, daremos cuerda —dijo Lorimer.

Cinco minutos después el camarero traía una tarjeta, entregándola a

Lorimer:

—De parte del huésped de la habitación 15.

Leyó en voz alta Lorimer. Estaba escrita en inglés gramatical:

«Deseo invitarles. Somos extranjeros, y una mención que oí sin querer, despertó mi curiosidad. Habitación 15. Gracias».

En el anverso decía:

«Ferdy Sverborg, G. M.».

Como profesión especificaba en alemán, inglés y francés: «Antropólogo».

—Mordió —dijo Lorimer—. Se trata ahora de que seamos muy ingenuos.

En la habitación 15, abrió el propio Sverborg. Habló en inglés gutural:

—Bienvenidos. Pasen, por favor.

La antesala estaba cómodamente amueblada. El escandinavo tenía sobre una mesita un frasco de coñac y tres copas, que llenó. Ofreció, brindando:

—¡Skol! —Y al vaciar su copa añadió—: Por mi profesión, me dispongo a seguir viaje hacia el Africa del Sur. Les oí mencionar dos nombres, y por cierto, me extrañó, ya que parecían enojados. Los nombres eran Ingrid y Carl, dándose la casualidad de que son amigos míos, dos hermanos llamados así, y apellidados Engel.

—Su coñac es magnífico, Sverborg, y me sabe mal decirle que no nos son igualmente gratos sus amigos. Se comportaron con nosotros como bestias.

—Los Engel no son muy delicados, lo admito.

—Me llamo Lorimer y éste, Morgan. Somos americanos y estábamos sin enrol. Pidieron dos tripulantes para el Tritón, un yate. Los yates no nos convencen, pero cuando hace falta dinero, todo vale. Somos así. Bien, pues, figúrese usted que nos enrolamos y...

—Escucha, Alan —atajó Morgan—. Si los Engel son amigos de este señor que tiene un coñac tan sano y él es tan amable, no deberías

importunarle...

—Tú sabes, Monty, que yo lo que tengo dentro lo suelto o estallo.

—Muy bien dicho —rió Sverborg y rellenó de nuevo las copas.

—El caso es que íbamos en la máquina, y al salir de las Bermudas se me ocurrió tomar el aire, por el puente de cámaras. Salió Carl Engel furioso y quiso arrearme. No se lo consentí. Intervino su hermana y le apaciguó. Todo parecía terminado, cuando anteayer, a éste y a mí, nos dieron un porrazo a traición, y cuando recuperamos los sentidos, estábamos flotando en una balsa. Nos recogió un barco, por suerte. Y aquí estamos, con pocos dólares y ganas de matar al primer sueco que se llame Engel.

—Bien... Creo que podríamos entendernos. Están sin barco y yo estoy viendo si puedo fletar uno para mi viaje hacia la costa africana. En realidad, los Engel me jugaron una mala pasada hace tiempo, y me agradaría volver a verlos.

—Pues no sería nada raro que el yate tocara aquí.

—Es posible. Lo último que sé de ellos es que ayer entraron en el puerto de Fayal, en las Azores. Creo que andan buscando un permiso para ciertas exploraciones por Angola.

—Yo oí cómo Carl hablaba de Luanda.

—Sabré pronto si éste es el puerto en que han de finalizar su viaje. Mi asunto con ellos es puramente comercial. Si bien yo trabajo científicamente enviando reportajes gráficos al Geografical, no desdeño los negocios. Africa ofrece muchas posibilidades, y no me desagradaría devolverles la pelota a los Engel, ¿comprenden?

—Vaya que sí... Usted quiere herirles donde más les duele. Estropeándoles un negocio. ¡Magnífico!

—Si fletó barco me gustaría contar con ustedes. ¿Cuánto les tenían que pagar los Engel?

—Cincuenta diarios y mil al final. La verdad es que nosotros servimos al patrón que mejor paga.

—Éste soy yo —afirmó Sverborg—. A partir de ahora les pago lo mismo, con una variante. Anticipo dos semanas y no les abandonaré en una balsa. Quédense en el hotel y al mediodía hablaremos. Espero una comunicación.

Al mediodía descifraba Sverborg el radiograma remitido desde Fayal, en las Azores. El yate había zarpado rumbo a Luanda obtenida una concesión para instalar una explotación forestal en la

ribera sur del Wango, el afluente del Congo.

En el puerto se informó que había un motovelero, el Belmar, cuyo capitán, un irlandés llamado Pat Logan, estaba a la espera de carga o de flete.

Subió Sverborg a la goleta que estaba descargando cemento, y se presentó al capitán Logan, exponiéndole:

—Como miembro expedicionario de la Geografical, debo trasladarme a Angola. Vamos ocho científicos, pero yo, personalmente, no desdeño lo comercial.

—Tampoco yo.

—Tengo la certeza de que unos rivales míos, comercialmente hablando, van a intentar algo en el Wango, el afluente del Congo. Han pedido puerto en Luanda, pero no me extrañaría que remontasen el Congo, siguiendo luego viaje en canoa hasta donde les interese llegar. ¿Podríamos hacer lo mismo?

—Depende si nos ponemos de acuerdo para el viaje, que es largo.

Ferdy Sverborg no regateó ante la exorbitante demanda de Logan, que pidió la mitad como anticipo.

Sverborg regresó al hotel donde con Lorimer y Morgan pasó al comedor.

—Todo arreglado. Zarparemos esta noche, rumbo a Angola. Una goleta magnífica, la Belmar.

Lorimer y Morgan asintieron en silencio.

—Una goleta espléndida. Embarcaremos mis cinco colegas... Ah, es verdad, no les hablé de ellos. Se alojan en el París. Forman conmigo, la expedición científica. A los efectos oportunos le dije al capitán que éramos ocho los científicos.

Rió el sueco como una hiena. Los dos agentes le corearon muy divertidos. Dijo Morgan:

—Si me pregunta el capitán algo de flora, sólo puedo hablarle de las espinas de las rosas.

—Con callar, no hace falta más. Bien, vosotros estáis deseando hacerles pasar un mal rato a los Engel.

—Ajá.

—No me opongo, pero puesto que pago, os ruego que esperéis a que obtenga un informe que preciso. Cuando sepa concretamente lo que van a hacer los Engel en el Wango, entonces... os dejaré libres de entendéroslos con ellos. Por ahora es decisivo que no habléis para

nada de los Engel con los tripulantes y el capitán de la goleta.

—Bocas cerradas y manos abiertas, patrón.

—Exacto. Esta nota para que os presentéis a mis cinco colegas en el París. Escrito en sueco, porque me es más fácil. A las siete, estaréis en el muelle de Ribera, esperándome.

En la calle gruñó Morgan:

—Nos hacemos el sueco, Alan, pero el sueco puede enterarse de que conocemos a Logan.

—Todo se arreglará. Pronto sabremos lo que buscan los Engel. En el Congo hay uranio.

—Ya... Y esta tarjeta, ¿qué explosivo contiene?

En el café, sobre la taza humeante, pasó varias veces Lorimer el engomado del sobre hasta que se abrió. Tradujo:

«Estos dos americanos van con nosotros como científicos. Odian a los Engel y pueden ahorramos el trabajo final. Si fracasan, que no lo creo, servirán para lo otro. A bordo, son ocho. Estad a las siete en el muelle Ribera».

Rascóse Morgan la cabeza y por fin insinuó:

—El sueco quiere asegurarse de que si algo falla, no sea por no tomar todas las medidas. Si es preciso, es capaz de tomar la goleta por la brava. ¿El trabajo final?

—Matar a los Engel, una vez sepan lo que buscan en el Wango. Y ni los Engel ni éstos buscan flores.

Volvió a pegar el sobre. Poco después, en el París, el que respondía al nombre que llevaba el sobre presentaba a los cuatro.

Bebieron, rieron, y al despedirse, parecían amigos de la infancia.

En la calle refunfuñó Morgan:

—Son maleantes de los peores, porque tienen cerebro.

—Son pocos para nosotros dos. Esperaremos ahora a ver el modo de hablar con el capitán Logan sin ser vistos. Logan me cae bien porque es un pillo de los que considero honrados.

—Ajá. Falta poco para terminar la descarga. Sería muy extraño que Logan no se diera una vuelta por tierra firme.

Eligieron un taxi cuyas ventanillas laterales y la posterior tenían

cristales ahumados, antisolares.

Pat Logan, con ropa limpia, iniciaba el ascenso por la ancha avenida del muelle cuando a su lado se detuvo el taxi. Lorimer invitó:

—Suba, capitán. Le llevamos donde quiera.

Subió el irlandés, sentándose junto a Lorimer. Morgan volvía la espalda al chófer del turismo, sentado en un plegable.

—Iba precisamente a dar un paseo hasta un pueblecito cercano, tranquilo, de pescadores, llamado San Andrés.

—San Andrés —indicó Lorimer al chófer—. Bien, capitán, lo que no se sabe nunca perjudica, pero es el caso que usted tiene ya que saber que Morgan y yo somos del Servicio de Seguridad Internacional.

—Bueno, ¿y a mí, qué? No son aduaneros, y eso es lo único que me importa.

—Gracias. Le consta que no hemos de citar lo que no nos importa. Usted ha fletado su goleta a un sueco.

—¡Vaya! ¿A que resulta ahora que el fulano es vendedor de armas? ¡Maldita sea! Con lo bien que soltó el dinero...

—Le dijo que eran ocho científicos los de la expedición.

—Eso es. Ocho. Mis hombres dormirán en hamaca, en cubierta.

—Nosotros somos dos de estos supuestos científicos. Los otros entenderán más de flora y fauna que nosotros, pero estoy seguro que a la hora de repartir, tanto les da disparar como degollar.

—¡Cáscaras! Ya que han puesto las cartas boca arriba, si he de entender el juego completo, enséñeme el reglamento.

Lorimer explicó la misión que tenían, sus sospechas y cómo habían cebado el anzuelo para Sverborg. Terminó:

—No creo que pretendan apoderarse de la goleta, pero si las cosas allá en el Wango se complican, como forzosamente ocurrirá, no titubearán en su primer testigo molesto. Es decir, usted, sus hombres, y nosotros dos.

—Me place, me place. Será un viaje emocionante. Ahora me interesa poner bien en claro, que a mí mientras me lo paguen bien, voy al Congo, o al Polo Norte. Si los Engel disparan contra los Sverborg, yo tomaré fotos o cantaré un responso, pero no ayudo a nadie, si todo ocurre en tierra. A bordo, el que dispare o acuchille, va a los hierros. Y en tierra, si las pasan ustedes apuradas, y estoy por los alrededores, echaré una mano.

—Se agradece. ¿Algo más, capitán?

—Que del

S. I. S.,

de la hermosa Ingrid, de su hermano, del yate, no sé nada. Solamente sé que ocho científicos me han fletado la goleta, y mientras paguen, navego, con goleta, con lancha o con almadía. ¿Claro?

—Cabal. Algo más. Los científicos tienen licencia de armas, puesto que recorren tierras de fieras. ¿Sus hombres tienen licencia?

—Según y cómo. Pero creo recordar que tengo en la goleta, no sé muy bien en qué rincón, unos cuantos cacharros que al oír estallar pólvora dan un eco exacto.

—Bien. Creo que lo prudente es separarnos, capitán.

—Sí. Allá tienen otra parada de taxis. Bien, científicos, les deseo suerte. Ya explicaré a mis hombres que ustedes nunca pusieron el pie en la goleta, hasta esta noche.

Y por la noche, la goleta zarpaba rumbo sudeste.

Ferdy Sverborg calculaba en dos días la ventaja del yate de los Engel.

CAPÍTULO XI

—Precisamente por la nobleza de Lars, es más odioso tu comportamiento, Olaf —declaró duramente Ingrid Engel.

Estaban los dos en la cámara del yate, que navegaba a la altura del golfo de Guinea.

Olaf Printz tardó unos instantes en responder:

—No es mi culpa si te quiero, Ingrid. Y si no tengo los millones de Lars, no por ello debo renunciar a mis aspiraciones. Además, tu actitud para conmigo es demasiado soberbia. En este yate, en ausencia de Lars, mando yo.

—Mandas en los marineros, no en mí, Olaf. Desde que zarpamos, has estado tratando de decirme en todos los tonos, que sólo tú sabrías ser el hombre que yo necesito. En cambio, Lars, sabe que yo le tengo afecto, y sabe también que no puedo amar. A los diecisiete años me enamoré, y a los veinte, él moría. Ya no puedo querer a ningún hombre. Lars lo sabe.

—Dejemos por un momento la palabra amor, Ingrid. Mi hermano está ilusionado con la Atlantropa, y en Lisboa y Bélgica, está consiguiendo concesiones, para instalar factorías y fundar varias compañías de explotación en terrenos hasta ahora poco explorados. Tú le propusiste hacerte cargo de la primera factoría en Wango. Como mandas en él, rechazaste acompañarle bajo pretexto de que contigo él corría muchos peligros.

—Y así es.

—Pero hay algo que no has citado nunca, Ingrid. Yo fui atando cabos. Escucha, Ingrid... No soy tu enemigo, pero he de emplear cuantos medios pueda para evitar que te cases con Lars. Y tal vez a Lars le disgustase saber que has ocultado la razón por la cual llevaste las cosas de modo que la primera factoría fuese precisamente en el Wango.

Ingrid Engel sacudió indolentemente la ceniza de su cigarrillo.

—¿Qué me dices de Irgund, el audaz Gosta Irgund? —insinuó Olaf.

—Un hombre de conversación muy interesante.

—Y a la vez un explorador que buscaba meterse por donde nadie

había pisado. En su último viaje, recorrió el Wango, cogió fiebres, fue a reponerse a Capri y allí estabas tú, también reposando. Irgund apareció muerto en su alcoba.

—La policía italiana aclaró sin lugar a dudas que fue un colapso.

—Sé que no le mataste, pero también me consta que fuiste la única persona que averiguó lo que Irgund encontró en el Wango. Estaba reponiéndose y tenía fortuna suficiente para por su cuenta iniciar cualquier excavación. Aquella tierra es generosa en diamantes, oro y otros valiosos metales.

—Sigue, Olaf. Me convences más así que hablándome de amor.

—Seamos socios y nunca le diré a Lars que le empleaste de pantalla.

—¿Socios en qué?

—Irgund había descubierto algo en el Wango.

—Sí. Me dijo que la abundancia de rápidos podrían ser fuentes de electrificación. Lars desea fundar los cimientos de su Atlantropa y que las futuras generaciones tengan, en lo que hoy es tierra inexplorada, un gran continente donde el trabajo para todos sea una posibilidad. Las fuentes del Wango serán el principio de la colosal tarea que dará trabajo bien pagado a cientos de miles de europeos que no necesitarán emigrar a América, porque es en Africa donde está el porvenir.

—Ya... ¿Persistes, pues, en asegurarme, como le juraste a Lars, que habías abandonado todo trabajo relacionado con tus antiguas actividades, y que la Atlantropa es tu único entusiasmo?

—Así es. Antes destruí. Ahora quiero construir. Ya te he dicho que el hombre al que amé a los diecisiete, murió cuando yo tenía veinte años. ¿Sabes por qué murió? Me pagaron bien un informe acerca de una incursión aérea. Yo no sabía que él era uno de los pilotos y cayó con su avión en llamas. Desde entonces, abandoné...

—Mientes muy bien, y casi me has enternecido, Ingrid. Pero yo sé que sólo tienes un amor. No la fortuna corriente, sino algo mayor. No te basta la riqueza de Lars, y prefieres seguir libre porque en Wango te espera la más colosal de las fortunas.

—Eres un necio, Olaf. Si así fuera, ¿iba yo a ir contigo y los veinte marineros a tus órdenes?

—Nada dejas al azar. Lo has planeado todo perfectamente, pero será preferible que te asocies conmigo. Si tienes reclutada gente de tu confianza esperando por el Wango, tú correrás el peligro mayor,

porque desde este instante he hablado diciéndote lo que sé, y no ignoro que bajo tu belleza ocultas una cruel inhumanidad.

—Sin melodrama, Olaf. Tienes un exceso de imaginación y nada les diré a Lars ni a mi hermano, sobre tus amenazas. Y trata de razonar... Si yo pretendiese algo distinto a la fundación de la Atlantropa, ¿persistiría sabiendo que el

S. I. S.

está sobre mis pasos? Cuando los dos americanos se quedaron en tierra, en las Bermudas, por cierto sin despedirse de mí, casi como si me tuvieran rencor, sabían que el puerto final del yate, era Luanda. Si en Angola buscase yo algo, hubiese ido por caminos más secretos. Y ahora he de descansar. El calor aprieta, y no me guardes rencor, Olaf. No es mi culpa si estoy ya incapacitada para amar.

Se levantó ella para entrar en su camarote. Olaf Printz no volvió a mencionar sus sospechas.

El yate continuaba su rumbo, acercándose a la desembocadura del caudaloso Congo.

* * *

Mientras paseaba por la toldilla, dio Pat Logan una orden. Fueron arriadas unas velas y el timonel viró, dando popa a la costa.

Ferdy Sverborg explicó:

—Los del yate anunciaron que darían puerto en Luanda, pero cabe que sea un engaño y penetren por el Congo hacia Matadí, puesto que a ellos les interesa llegar al Wango.

—Facheando como ahora, divisaré cualquier yate procedente del Norte. La ruta más navegada por esta latitud es la de Lobito, al sur, y Matadí, el fluvial, al interior. Es hora ya de que especifiquemos qué papel me incumbe al divisar usted el yate.

—Seguirlo, y anclar donde ancle.

—¿Después...?

—Fleto sus dos lanchas motoras, y usted con la goleta permanecerá en puerto, esperando mi regreso.

—En el puerto que toquemos, usted me pagará un mes de espera y el valor de las dos lanchas.

—Bien. No discuto, porque es lo razonable.

Paseando a proa, Lorimer y Morgan tenían ya hartura de mar. Los

demás cómplices de Sverborg pasábanse las horas bebiendo y leyendo, documentándose en libros y mapas sobre los vastos territorios bañados por el Congo y sus afluentes.

El calor era pegajoso, y el mar ya no era fresca agua azulada, sino amarillenta y turbia, casi cenagosa.

Por fin, al amanecer siguiente, fue visible la blancura del yate que emproaba hacia la desembocadura del Congo, y la goleta, pareciendo venir del Sur, siguió su estela a unas dos millas.

Las riberas, si bien lejanas entre sí, quitaban monotonía a la navegación. Unos prismáticos potentes que Morgan ganó al póquer a uno de los escandinavos, le permitieron divisar en el entrepuente del yate a Ingrid.

Y resumió sus pensamientos, comentando:

—Cada vez estoy más convencido de que no fue ella, Alan. No digas que estoy enamorado, y por eso la quiero defender. Me fundo en su inteligencia. No negarás que es inteligente. ¿Iba ella a correr entonces el riesgo de que nuestra desaparición, llamase y concentrase la atención del

S. I. S.

sobre su yate?

—Ya pensé en ello. Lo aclararemos, ya que pronto empezará Ferdý a entrar en acción.

Al oscurecer, el yate anclaba en el puerto de Matadí. A poniente lo hizo la goleta.

Toda la noche hubo ajeteo y amanecía, cuando río arriba, partían en dos chalanas unidas por largo cable, Olaf Printz, Carl Engel y su hermana, más doce hombres de la tripulación.

Cuando ya hacía una hora que habían desaparecido río arriba las dos chalanas, fueron arriadas las dos lanchas motoras de la goleta, ocupando cada una de ellas, cuatro de los acompañantes de Sverborg.

Sabía ya Lorimer que de las cajas cargadas varias contenían rifles, metralletas y munición.

Provisiones de todas clases habían sido acumuladas en las dos lanchas, con tiendas de campaña, dos de las que formaban ahora la toldilla en el centro de cada embarcación.

A las dos horas de navegación, explicó Sverborg:

—Las chalanas entrarán por el Wango o por el Kasai. Hasta que no

acampen no sabremos los propósitos de Ingrid.

Hablaba en sueco a los otros, creyendo no ser entendido por Lorimer ni Morgan.

—Sé seguro que reclutarán congolese en Bandundu o en Inongo. Lo mismo haremos, dándoles siempre ventaja de horas, para que no averigüen que les seguimos. Y cuando sepa yo a qué atenerme, enviaremos a estos dos, a que inicien el trabajo.

Habló a continuación en inglés:

—Os ruego paciencia, amigos. Pueden pasar semanas antes de emprender ninguna acción directa. He de saber primero lo que se propone Ingrid.

Al oscurecer, los insectos invadieron las canoas, mortificando constantemente con sus picotazos a Lorimer y Morgan, hasta que imitaron a los otros, rociándose la piel con petróleo.

La densa oscuridad de la noche empezó a poblarse de rarezas. Gritos agudos partían de las riberas.

Los grandes murciélagos «bakum» daban recios aletazos al ser ahuyentados a golpes de culata.

Una masa repentina estuvo a punto de volcar una de las canoas al surgir de pronto. Un hipopótamo.

Durante el día, el calor hacía arder el agua. Por la noche, la humedad sofocaba.

Y así durante tres días y tres noches. Al cuarto amanecer apareció el poblado de Bandundu, donde el anchuroso río se dividía en los dos afluentes hacia el Sur: el Wango y el Kasai.

Dos caserones blancos y numerosas chozas en alto, sobre pilotes de madera encima de pantanos. Sverborg bajó a tierra, con tres de sus cómplices, regresando a las dos horas.

Las dos canoas desviaron por el Wango, y tras ellas, cuatro almadías remadas por negros robustos, mientras otros sostenían la barra que reunía por los bozales grupos de cuatro extraños animales.

Parecían asnos, pero no tenían pelo, sino lisa piel gris. Era la cabalgadura de la selva congoleña.

El Wango estrechábase y al llegar la noche, las riberas muy cercanas imponían cierta sensación indefinible de tierra poblada por seres de otros planetas.

Bastaba que cualquiera proyectase el haz de su linterna eléctrica, para que la maleza revelase multitud de puntos rojizos como

pupilas demoníacas al acecho.

Todo era ya siniestro. Los escandinavos hasta entonces de aspecto civilizado, adquirirían trazas patibularias al no cuidar de su aseo personal.

Ferdy Sverborg ya no era el atildado hombre de negocios turbios, sino un barbudo atleta de facies bestial.

Al segundo día de navegación por el Wango hacia el Sur, las embarcaciones ya no flotaban.

Se arrastraban por un agua cubierta de una espesa capa de raíces podridas, y de plantas enmarañadas. Los remeros debían en muchas ocasiones abrirse paso con largas pértigas rematadas por planas hojas de acero.

La fetidez de la descomposición vegetal era nauseabunda. Alan Lorimer tenía el ojo izquierdo completamente cerrado y monstruosamente inflamado. Una picadura de insecto. El ojo derecho empezaba a cerrarsele.

La tercera tarde de navegación por el Wango, Lorimer, a popa de la segunda embarcación, tanteó hasta tocar el hombro de Morgan.

—No veo nada, Monty. Nada... Estoy ciego, ¡condenación y así me pudra!

—Calma, viejo. Cuando toquemos tierra, ya encontraremos agua limpia. Estoy ya harto de tanto alcohol. Nunca creí posible que me daría asco el *whisky*, y que el pensar en agua potable fresca, me volvería casi loco de ansias. Hemos de aguantar un poco más.

—Si éstos se dan cuenta de que no veo...

—Con las gafas solares puestas no te ven los ojos, Alan.

—Tenían razón los de allá. Quien sigue a Ingrid, acaba fatalmente, Monty. Esto es horrible. Me he quedado ciego.

—Ya pasará, viejo, apenas pueda curarte de modo adecuado.

Al amanecer siguiente, Sverborg vino a sentarse a popa.

—¿Qué te pasa, Lorimer?

—Me picó un bicho, y tengo hinchados los ojos.

—Ya han acampado los de Ingrid. Están limpiando el terreno, y levantando dos hangares junto a una cascada. Ahora ya podré saber lo que quiere hacer. He venido para ofreceros una buena proposición. Traedme viva a Ingrid al lugar donde voy a acampar, y os pagaré lo que pidáis. Luego podéis regresar a Matadí, para cuyo viaje os prestaré diez portadores.

Replicó Morgan:

—Ellos son quince, pero sabremos efectuar la operación de secuestro. ¿Cuánto pedimos, Alan?

—Dos rifles, dos pistolas y una metralleta para cada uno. Al regreso, veinticinco mil para cada uno.

—Lo vale la empresa. No os quiero engañar. Os será difícil, porque en el campamento habrá vigilancia.

—Es lógico. Pero somos especialistas en burlar vigilancias. Nos tendrá que facilitar un guía.

—De acuerdo. Y tres mulos congoleños.

Poco después, apoyándose en Morgan, Lorimer quedaba a horcajadas sobre el lomo de un mulo congoleño.

Llevaba en bandolera a la espalda los dos rifles, en el cinturón dos pistolas, y en la silla, una caja conteniendo la metralleta.

No veía nada en absoluto.

Sabía que la brida de su cabalgadura se unía al pomo de arzón de la silla de Morgan.

Delante de ellos dos, un congolés señaló un punto al Este, y los tres mulos empezaron a chapotear en el fangoso terreno de la ribera.

Cuando el camino lo permitía Morgan emparejada su montura a la que conducía a Lorimer, que gruñó:

—Estamos totalmente locos, Monty. Los dos a solas. Yo, ciego... yendo a buscar a los que ya pretendieron matarnos...

—No estamos locos. Hay que seguir adelante, sólo que ahora llevo yo las riendas. En lo poco que de inglés chapurrea el guía, me ha dicho que para llegar al campamento de Ingrid, tendremos que andar tres jornadas porque no se puede ir en línea recta por tierra, y siguiendo por el río, nos verían.

—Los ojos me duelen peor que si fueran muelas cariadas.

—Buena señal. Si duelen es que curarán. Además he conseguido un inyectable especial, para cuando te duelan más.

Llegó un momento en que Lorimer no se dio ya cuenta de nada de cuanto le rodeaba.

No sintió que sus muslos y tobillos eran atados alrededor de su montura como una segunda cincha.

Cayó de bruces sobre el cuello del animal.

Tampoco pudo percibir que le unían las dos manos ante el cuello del mulo, atándole las muñecas.

CAPÍTULO XII

No tenía noción de las horas, y cuando el guía detuvo la pequeña caravana en lo alto de una boscosa colina, señalando el fondo de un valle, tampoco pudo darse cuenta de que, por fin, daban término a su persecución de Ingrid Engel.

Fue entonces cuando Morgan le inyectó la morfina.

Después, el comportamiento de Morgan hubiera extrañado al propio Lorimer.

Súbitamente descargaba un puñetazo en plena mandíbula del guía. Derribado, procedió a atarlo en su cabalgadura.

Unió entre sí los tres roncales con una reda rama pasando por los tres anillos, y asiendo la cuerda central, a pie, empezó a descender hacia el valle, conduciendo los tres mulos con su cargamento de dos prisioneros y armamento.

Las negras gafas y su nueva vestimenta, hacían que Monty Morgan en nada se pareciese al marinero que se enroló en el yate.

Semejaba un explorador exhausto y extraviado, conduciendo a un compañero y a un guía desmayados y enfermos, atados para su propia seguridad.

En el recodo formado por el río Wango, donde un brusco declive se despeñaba en ancha cascada, pululaban unos hombrecillos negros, casi enanos.

Los pigmeos del Iuri.

Dirigidos por Cari Engel y Olaf Printz trabajaban activamente construyendo los dos hangares.

Un material incombustible formaba las paredes, techo y ventanas. Unos tubos recogían el agua de la cascada para crear un cuadro de agua que refrigeraba en muros líquidos, alrededor de los dos hangares, a modo de fachadas refrescantes.

Los doce tripulantes iban desembalando el material que los pigmeos descargaban de las embarcaciones.

Trabajaban activamente porque la paga que recibían, en sal, conservas, utensilios de labor y cocina, era para ellos muy generosa. Fue Ingrid la que divisó primero el extraño grupo que descendía de

la colina.

Se hallaba sentada en la mecedora rodeada de sutil tela de malla, ante su tienda de campaña.

Hizo una señal hacia los que se disponían a abandonar el trabajo para salir al encuentro del desconocido. Ella se levantó, y los demás siguieron en su tarea.

Ingrid Engel llegó ante Morgan, cuando éste, deteniendo las monturas, distaba un centenar de metros del campamento.

Señaló Morgan atrás.

—Un amigo narcotizado y un guía atado, no son enemigos, ni yo tampoco, Ingrid. Tus hermosos ojazos demuestran que me has reconocido. Si estoy aquí, pacíficamente, es porque por corazonada, sé que es imposible que tú ordenases que nos abandonaran en un islote de las Bermudas, sin agua y atados.

—Sólo pudo ser Olaf. Odiaba a Lorimer. ¿Está enfermo?

—Ciego. Temporalmente. Un tal Ferdy Sverborg, con siete tipos de su misma calaña, ha acampado a tres días de aquí.

Explicó Morgan lo sucedido desde Tenerife, terminando:

—Si le dices a Olaf que somos exploradores perdidos, yo y Lorimer, si se repone, somos, para ti de más confianza que toda esta manada. Ferdy cree que buscas un tesoro.

—Olaf también. ¿Y Alan, qué cree?

—Está desconcertado. Pero él y yo hemos llegado a la conclusión de que estás sola, con tu hermano, entre remolinos de tiburones. Bien, llevo barba, y poca piel me ves. Sin sonrojarme puedo decirte que te quiero. El decírtelo no ofende, más cuando no tengo la menor esperanza. Pero de algo puedes estar segura, Ingrid. Ni Alan ni yo somos enemigos tuyos.

El gesto de ella fue muy femenino cuando aplicando sus dos manos en los hombros de Morgan le besó en las barbudas mejillas.

—Gracias. A tu viril declaración corresponderé con afecto, Monty. Venid a mi tienda y le diré a Olaf que sois exploradores perdidos, avisándole que Ferdy Sverborg ronda. ¿Cuántos hombres ha reunido?

—Entre blancos y chocolates, cincuenta y seis, sobrándole armas.

—Vamos a mi tienda.

En la litera, quedó tendido Lorimer, durmiendo profundamente.

Ella ofreció su caja botiquín a Morgan. El guía congoleño quedó

atado a un árbol.

Olaf Printz escuchó la explicación de Ingrid.

—Exploradores extraviados. Uno está grave. Nos han prestado un gran servicio. Han visto un grupo de blancos con cincuenta negros mercenarios. Los capitanea Sverborg, porque no cabe duda que es él, por la descripción que me ha hecho el explorador belga.

—¿Por qué llevaba prisionero al congolés?

—Quiso abandonarlos.

—No me fío, Ingrid. Pueden ser espías.

—¿Qué iban a espiar? Te he dicho ya, Olaf, que cuanto aquí pasa es claro como esta agua.

—Sverborg te sigue y no es hombre para perder el tiempo.

—Sverborg hace años que me sigue. Hemos de pensar ahora que en cualquier momento puede iniciar el ataque a este campamento.

—Esta noche quedan terminados los dos hangares. Son pequeñas fortalezas y tenemos armas. No hay peligro, Ingrid. Pero estos dos exploradores podrían serlo.

—Carl vendrá a vigilarles.

Atardecía cuando Ingrid y Carl se encaminaron hacia la tienda.

En el umbral, Morgan puso un dedo sobre sus labios, y ellos entraron pisando sin ruido.

En la litera, incorporado, Alan Lorimer, sin gafas, mostraba los dos ojos cerrados por la rojiza hinchazón.

Dijo Morgan en voz alta:

—Estamos ahora en sitio seguro, Alan. Un poblado pigmeo, donde el residente portugués nos ha prestado su tienda.

—Hace frescor, y hay una cascada cerca, Monty. Mis ojos ya no me duelen.

—En el botiquín había un buen desinfectante ocular. Tu ceguera es temporal, Alan.

Ingrid y Carl se habían sentado cerca del umbral.

Murmuró Lorimer:

—Hay alguien contigo, Monty.

—Sí. El portugués, que apenas entiende inglés, y su esposa.

—Estoy mejor, Monty, y es curioso... Desde que no veo nada de lo que me rodea, veo mucho más claro dentro de mí. ¿No te has preguntado por qué te embarqué en esta necia aventura?

—Tú me lo dirás.

—Nada teníamos ya que ver con Ingrid. Y si al principio la seguí con odio, después comprendí que ni ella ni su hermano podían habernos abandonado en el islote.

Y seguí..., ¿sabes por qué? Porque ella es una mujer casi acorralada, y ya me daba igual que buscara por aquí, platino, uranio o diamantes. Me daba igual, Monty..., ¡sólo quería volver a verla!

Rió Lorimer en ronco estertor doloroso.

—Tiene gracia. Para ver a una mujer, atravesé este infierno... y ahora no veo ni la luz del día. Debemos irnos, Monty.

—¿Adónde?

—Hay que avisar a los Engel de que Sverborg nos mandó para cogerla a ella con vida.

—Te reías de mí, viejo, cuando me viste enamorado.

—Lo mío es distinto. Yo la quiero de otro modo, para protegerla. Y por eso lo abandoné todo. ¡Malditos sean mis ojos...!

Se llevó las manos a la cara, crispando las mandíbulas.

Morgan le sacudió por un hombro, refunfuñando:

—Estamos dispuestos a todo por ella, pero ¿no es Ingrid la famosa aventurera culpable de muchas muertes?

—Sé que si ella pudiera explicarse, si ella pudiera abandonar su fachada de insensibilidad, nada habría que no pudiera ella exponer sin remordimientos.

—Bueno, ahora vas a tener que perdonarme, Alan, pero los portugueses que te dije no existen. Son Carl Engel y ella. Así ahora hemos echado fuera lo que callábamos.

Lorimer cerró los puños, pero se apaciguó al sentir sobre su frente el contacto de una mano femenina.

Sentada en su litera, ella habló con lentitud:

—Arde tu frente, Alan. Tú y Monty sois los dos primeros hombres que me han ofrecido lo mejor sin pedir nada a cambio. Yo creí que habíais desembarcado en Hamilton. Ha sido Olaf el único que pudo hacer esto, porque te odiaba, Alan. Olaf y los doce tripulantes creen que aquí hay minas descubiertas por el explorador Irgund. Olaf me acecha, pero ahora nosotros cuatro podremos seguir. Bastará con asegurarnos de Olaf, y decir a los otros que no está en sus cabales.

—Muy temprano engañaste, Ingrid. Tu vida ha sido una constante madeja de laberintos.

—Así fue, y por eso ahora tengo mi castigo, cuando digo la verdad y

nadie me cree. Carl sabe que yo aquí lo único que busco es aislarme y colaborar en el fabuloso proyecto de la Atlantropa. Elegimos este lugar porque es el mejor como centro de arranque de las comunicaciones de la explotación futura. Debes creerme, Alan. Necesito que me creas.

Mientras hablaba iba ella impregnando en un desinfectante ocular un vendaje que aplicó sobre las inflamadas cuencas de Lorimer.

—Esta noche, Carl y yo, con cinco tripulantes, ocuparemos uno de los hangares ya terminados. Olaf y los otros siete ocuparán el otro. No podemos contar con los pigmeos en caso de ataque de Sverborg. Lars puede tardar en venir semanas, aunque creo que abreviará en lo posible cuanto está negociando. Me gustaría contar con tu ayuda, Alan.

—Si me quieres servir de lazarillo...

—Apenas decrezca la tumefacción, volverás a ver, Alan. No es más que la hinchazón de los párpados. Así estuvo uno de los nuestros, y ya vuelve a ver.

Intervino Morgan:

—Ya ha oscurecido y no hay temor de que me pueda reconocer Olaf. Carl y yo vamos a ver los hangares, Alan.

Se fueron los dos. Ingrid Engel encendió un cigarrillo colocándolo entre los labios de Lorimer, que tenido boca arriba, vendados los ojos, agradeció el silencio que se prolongaba.

Por fin habló ella en tono de evocación:

—Yo estaba en un internado, lejos, cuando mis padres y mi hermana murieron. Supe que se derrumbó sobre ellos, sepultándoles, los dos pisos del hotel en que se alojaban en El Cairo, explotando bombardeado por aviones israelíes. Al salir del internado, recibí una oferta para obtener cualquiera clase de información. El único hombre del que me enamoré, murió derribado su avión, y de su misión a Hanoi yo informé, sin saber que él formaba parte de los pilotos bombarderos. Me decía que era diplomático para justificar sus ausencias. Ingresé en un convento.

»Pero yo no tenía vocación. Conocí a Lars Printz, que quiso convencerme de que yo no era una asesina, sino un engranaje más del mudo actual, con la atenuante de que actué bajo la depresión enfermiza que me causó la muerte de mis padres y hermana. Yo quería olvidar mi pasado. Pero los mismos servicios por los que

trabajé daban a cualquiera de mis pasos un sentido que no tenían. Como Olaf, como Sverborg, como tu propio servicio. Y por eso, aquí en esta selva, tal vez hallare la paz de espíritu que necesito... Saltó ella en pie, y maldiciendo se arrancó Lorimer la venda. Fuera, crepitaba, restallante, una ráfaga de disparos, entre el griterío salvaje de pigmeos corriendo en todas direcciones.

CAPÍTULO XIII

Saltó también en pie Lorimer, porque al empezar a actuar el bálsamo, una estrecha rendija le permitía entre los párpados divisar lo que le rodeaba.

Asió la metralleta, y fue a coger por un hombro a Ingrid que se dirigía hacia la puerta de la espaciosa tienda de campaña.

Los disparos eran ahora intermitentes, espaciados, y dijo Lorimer:

—Quédate aquí. Sólo disparan seis rifles... No es ataque desde fuera, sino tiroteo de hangar a hangar. ¡Quédate aquí, maldición! Que si quieres volver a ser plenamente mujer, falta hace que alguien mande en ti.

Salió fuera agazapado con la metralleta terciada ante el pecho, mientras ella, atónita primero, dejábase caer sobre la litera.

Al exterior reinaba la penumbra rota a trechos por fogonazos de disparos que partían desde un lugar entre la cascada y el primer hangar más cercano al agua.

Le costaba a Lorimer percibir con detalle, porque todo era aún borroso. El silbido de un proyectil le hizo encogerse instintivamente, y corrió a un lado, hacia el otro hangar, a unos veinte pasos de la tienda.

Oyó la voz de Morgan, orientándole:

—¡Aquí, Alan!

Sobre codos y rodillas llegó a la fachada lateral del segundo hangar.

Los tubos refrigeradores no manaban el agua vertical de surtidores.

Morgan estaba con Carl, ocupando cada uno de ellos una esquina de la fachada posterior. Tras ellos se acurrucaban una docena de pigmeos, tendidos de bruces, tenso el arco. Expuso Morgan:

—Olaf debió reconocerme, y, al acercarme con Carl, disparó. Lo vi a tiempo y nos parapetamos aquí. Los demás pigmeos han huido, pero éstos que reciben paga especial de Carl, aguardan el ataque. Carl dice que es hora de terminar con la locura vesánica de Olaf.

—Tiene doce satélites.

—Sí, los ha convencido de que Ingrid busca aquí un fabuloso tesoro, y ellos están dispuestos a todo.

—Van a rodear esto y les bastará vadear el río por encima de la cascada. Los pocos que están allí, sólo pretenden entretenernos.

—Ya lo he pensado. ¡Carl!

Se aproximó el escandinavo, mientras Morgan disparaba dos balazos hacia el otro hangar.

—Van a atacarnos de lado y retaguardia, Carl. ¿Puedes aguantar aquí con tus diez enanos, mientras Alan y yo vamos por allá?

—Será lo mejor. Aquí corto el paso si pretenden ir a por Ingrid.

Lorimer y Morgan se alejaron del hangar metálico, incombustible, arrastrándose. Morgan señaló el río, cuando llegó tras un matorral.

—Tú vigila hacia el este y dispara tan pronto veas algo sospechoso. Olaf y los suyos están dispuestos a todo, eliminándonos, para secuestrar a Ingrid.

Habían cesado los disparos. No se oían más que los tenues rumores constantes de la selva en rededor del valle.

El río, remansado después del salto de agua, semejaba una llanura de vegetación con masas de juncos en compactos cañaverales.

Lorimer notaba cómo paulatinamente sus párpados iban abriéndose a medida que decrecía la inflamación.

Espalda contra espalda, Morgan ladeó la cabeza para explicar:

—Carl no quiere que los pigmeos tomen parte en esta guerrilla, porque afirma que si los salvajes negros son incitados por blancos civilizados a escabechar a otros blancos, lo hacen con gran gusto. Pero después, ya perdido el respeto hacia quienes les ordenaron la matanza, procuran acabar con todos.

—Un panorama precioso. Ahora Olaf, después Ferdy, y, si quedamos vivos, los pigmeos. Por lo visto Ingrid eligió una manera especial de suicidarse. Está harta de los humanos.

Chasqueó la lengua Morgan, alzando el cañón de su metralleta. Unos cañaverales a medio centenar de metros acababan de inclinarse.

Carl Engel había destrozado a balazos las linternas que con su halo podían revelar su presencia.

Lorimer veía removerse los cañaverales y percibió por fin el deslizarse de la barca plana formada por varios troncos, sobre los que seis hombres tendidos hacían avanzar la almadía empujando con pértigas.

Distaban unos treinta metros y quedaban aún medio cubiertos por

el cañaveral.

Lorimer apuntó cuidadosamente. Dijo:

—Los de la derecha de la balsa míos, Monty.

—Mejor que vigiles el Este, porque estoy casi seguro que el otro grupo habrá vadeado más lejos para cogemos por el flanco opuesto. ¡Ay, galerna!

La almadía que avanzaba acababa de convertirse en un alboroto de gritos de terror. Una masa negra, reluciente, acababa de surgir del agua volcando la balsa. Un hipopótamo, molesto en su sueño.

Los escandinavos, cayendo al agua, braceaban en el cenagoso pantano creado por el río y la vegetación de los juncos.

Morgan cerró los ojos, asqueado. Lorimer tardó más en darse cuenta de lo sucedido.

Vio escamas, largas mandíbulas erizadas de colmillos, remolinos, coletazos monstruosos, y manchas rojizas extenderse lentamente.

—Una charca de cocodrilos —murmuró Morgan roncamente.

—Hay más de una docena de repugnantes bichos de éstos, Monty. Voy a disparar, voy a disparar...

—¡No! Esos desgraciados ya no pueden hacer nada, ni nosotros por ellos. Cayeron en plena charca, y tus balas resbalarían sobre lomos de coraza. Ya nada podemos hacer.

Un silencio macabro sucedió al anterior y repentino griterío. Lentos remolinos indicaban que varios saurios peleaban bajo el agua entre sí por los restos humanos.

El paquidermo causante de todo, volvió a sumergirse pesadamente. Los cañaverales recuperaron su primitiva posición vertical. En menos de diez minutos, seis hombres habían muerto horrendamente triturados.

Pasó una larga hora, a cuyo término, de hangar a hangar, se habían cruzado muy espaciadamente unos cuantos disparos. Comentó Morgan:

—Allá quedan sólo Olaf por un lado, y Carl por el otro. No hay más que dos rifles disparando. Vienen, pues, acercándose me imagino que por donde los otros seis.

Pero la noche iba transcurriendo lenta, exasperante, y se acercaba el amanecer cuando Morgan se puso en pie, porque del Este acudía corriendo velozmente un pigmeo. Blandía en alto su lanza.

De los hangares procedió un crepitar de pistola. Volviéndose, pudo

Lorimer, cuyos ojos ya estaban casi normalizados, ver cómo Olaf Printz, en el suelo, pretendía en vano apretar el gatillo.

Carl Engel, tambaleándose, se cogía el hombro izquierdo.

De la tienda surgía corriendo Ingrid, yendo hacia su hermano.

El pigmeo se detuvo a las señales de Morgan, que colocó en alto su metralleta para tranquilizarle. El pigmeo empezó a hacer gesticulaciones elocuentes.

Señalaba al Este, después tocaba la piel de Morgan, y se llevaba el índice al pecho para con su arco fingir que disparaba. Alzó la mano izquierda abriendo los dedos y el pulgar de la otra. Repetía incesantemente con muecas de terror una sola palabra:

—Haussa, haussa.

Morgan señaló la tienda y echó a andar seguido por el pigmeo y Lorimer. En el interior, Ingrid estaba atendiendo a su hermano tendido en la litera, lívido, desvanecido.

Murmuró:

—Olaf ha muerto, y Carl está malherido. Tiene dos balas en el pecho. La muerte sigue siendo mi única fiel compañera... ¡Mi hermano...!

—Déjalo, Ingrid. Yo le extraeré las balas —dijo Lorimer, buscando en la cartera del botiquín una lanceta-extractor.

Morgan llamó la atención de Ingrid:

—Fuera hay un pigmeo que trata de decirme algo que no entiendo.

Salió ella, y el pigmeo repitió su mímica y la palabra. Ingrid asintió y el pigmeo fue a reunirse con los otros diez.

—Vigila, Monty. Ellos, ahora, sabiendo que han muerto los demás, podrían pretender atacarnos.

En el umbral, examinó Morgan a los once pigmeos que, acurrucados, formando un estrecho círculo, murmuraban entre sí.

Ingrid entró y, mientras Lorimer tanteaba las heridas buscando los dos plomos, expuso ella:

—Los haussa son una tribu salvaje y nómada. Los otros seis desgraciados, alucinados por Olaf, se alejaron demasiado, y fueron a caer entre unos haussa.

Extrajo Lorimer un plomo, y dijo:

—Haz un drenaje y rellena aquí, Ingrid. No se morirá Carl. Puedes estar tranquila. La otra bala está honda, pero nada de corazón ni arterias siquiera rozados.

A la media hora dos drenajes taponaban las heridas, extraídas las balas.

Desde el umbral advirtió Morgan:

—Será mejor que nos vayamos a uno de los hangares. Los pigmeos se han ido llevándose al guía congolés. Seguro que van a volver esta noche.

—Yo llevaré a Carl.

Ingrid recogía en sacos las provisiones, y por espacio de dos horas, Lorimer y Morgan fueron llevando víveres, armas y municiones al hangar más próximo a la cascada.

Interiormente estaba construido de acuerdo con el plano de un explorador. El aire del exterior procedía de varias ranuras de apenas diez centímetros abiertas a media altura y que por su parte interna formaban bisel a modo de troneras de tiro.

Ocho literas de camarote, en dos pisos de cuatro, una mesa larga y ocho escabeles. Una batería que ponía en funcionamiento dos ventiladores. Y en una esquina, entre dos lavabos, un hornillo de petróleo.

Había una sola puerta. Todo era metálico, y el techo picudo para que resbalasen los aluviones de las torrenciales lluvias de primavera.

En una litera baja, Carl Engel se debatía prietamente vendado. Su hermana trataba de apaciguarle en su delirio febril.

—La gloria —susurró Morgan—. No podemos volver a Matadí, y si no vienen los pigmeos, vendrán los de Ferdy, y si no vienen éstos, siempre nos cabe la esperanza de que acudan unos cuantos haussas. Lorimer y Morgan salieron al exterior.

—Carl está mal —comentó Morgan.

—Crisis. Si mañana amanece vivo, estará a salvo. Ingrid es la mejor de las enfermeras.

—Mira...

En lo alto de la cascada, en los peñascos a cada lado del gran chorro, iban apareciendo unos pigmeos.

Retrocedieron los dos, yendo hacia el umbral, encañonando hacia lo alto.

Zumbaron varios silbidos y ambos, entrando en el hangar, cerraron la puerta contra la que se estrellaron más flechas.

No dijeron nada. No era necesario explicar que eran cuatro blancos

rodeados por una selva hostil.

El día transcurrió lentamente, atendiendo Ingrid a su hermano, y dormitando en literas Lorimer y Morgan.

Al llegar la noche, se aproximaron a las ranuras defendidas por tela metálica para obstruir el paso de insectos.

Oían pisadas lentas, arañosos, cuchicheos y sobre el tejado también los mismos rumores.

—Buscan entrar, pero no podrán —dijo Morgan.

A la medianoche un calor sofocante invadió el interior. Por las ranuras se divisaban las llamas.

Los pigmeos habían encendidos fogatas alrededor del hangar.

—No saben que el amianto es incombustible —comentó Lorimer.

Sudaban copiosamente. Ingrid puso en funcionamiento los dos ventiladores que con su zumbido renovaron el aire, ahuyentando el humo que iba penetrando por las ranuras.

Oyéronse de pronto golpetazos contra el suelo. Seguidos y constantes, como si se percutiera un gigantesco tambor.

Murmuró Lorimer:

—Están socavando alrededor en busca de los cimientos.

Se acercó Ingrid.

—Es un enrejado metálico, con aislantes por debajo, asidos con grapas clavadas en roca. No pueden derribar el hangar, que está proyectado contra todas las eventualidades.

A los golpetazos contra el suelo, siguió un repentino silencio.

Abalanzóse Lorimer a una de las ranuras, por la que colocó la boca del rifle dispuesto a disparar a través de la tela metálica.

—Es inútil abrirles paso a los mosquitos, Alan.

Chorros de agua empezaron a penetrar por las ranuras.

—Ahora pretenden anegar esto, ¡los muy...!

—Refrescará el ambiente.

—¡Nos vamos a ahogar! Hay que salir.

—Calma. El agua llegará hasta las ranuras, pero no más arriba. Traslademos a Carl a la litera alta, y con tendemos en la tercera, estaremos a salvo. Hay que colocar arriba las armas y provisiones.

Chapoteando en el agua que iba invadiendo el interior, realizaron los traslados. A las dos y media, el agua rasaba cubriendo la segunda litera, pero ya no ascendía porque las mismas ranuras por donde había entrado el agua expulsaban la que pretendían hacer

entrar.

En la litera alta, Ingrid sentábase al lado de su hermano amodorrado. En la otra, Morgan intentaba dormir, mientras Lorimer creía vivir una pesadilla.

A las cuatro y minutos, restallaron ráfagas de disparos, crepitando desde los cuatro puntos cardinales.

—Sverborg —comentó Lorimer ceñudo—. Lo prefiero a los enanos.

Fuera, los pigmeos caían acribillados y en un instante cubrieron el suelo mientras Ferdy Sverborg y sus seis acompañantes avanzaban disparando sin cesar.

Al extinguirse los estampidos. Sverborg señaló a varios el otro hangar. Se encaminó agazapado hacia la puerta, que golpeó con su culata.

—¡Salid! Ya no hay peligro. ¡Salid!

Su voz amortiguada llegó a oídos de los que en sus literas se miraron entre sí.

El agua iba descendiendo, filtrándose. Lorimer, con el agua hasta los sobacos, caminó lentamente hacia la puerta, y desde dentro replicó:

—¡Hola, Ferdy! Soy Lorimer.

—¡Hola! ¿Qué ocurrió?

—Los pigmeos mataron a Olaf, a Carl y a los doce tripulantes.

—¿Y ella, ella?

—Debió ser raptada. Nosotros dos, Morgan y yo, conseguimos meternos aquí dentro. Cuando llegamos, los pigmeos estaban ya atacando.

—¡Abre!

—No puedo. El agua inunda la mitad inferior. Cuando el resto destile, abriré.

Tras la puerta, una doble barra de acero estaba a prueba de acometidas. Palpaba Sverborg el material y comentó:

—Podemos intentar desde fuera abrir un boquete para facilitar la salida del agua.

—Es chapa triple, contra todo intento. Algo así como una caja fuerte. Ya abriremos apenas salga toda el agua.

Se oyeron los pasos de Sverborg alejándose.

Chorreante, se encaramó Lorimer en la litera y, en voz baja, expuso:

—No podremos engañarle mucho tiempo más. Querrá ver con sus

propios ojos aquí dentro. Si vosotros dos pudierais esconder...

Ingrid sacudió la cabeza.

—Sverborg no entrará aquí, pero no estáis obligados a...

—Calla. No tienes derecho a suponer que vamos a dejarte a merced de este sujeto.

—Cuando vuelva Sverborg, yo le hablaré —dijo Ingrid.

Amanecía cuando Sverborg, que había recorrido todo el campamento, apostó a los congoleses en asedio radial de cien metros.

Volvió a la puerta, golpeándola con la culata de su rifle.

Ingrid, con el agua a media pierna, llegó hasta la puerta.

—Hola, Ferdy.

—¡Maldición...! Vaya, vaya... Te supiste ganar a los dos americanos, Ingrid. Bueno, ya se acabó todo. Podemos pactar a medias.

—Tú me odias, Ferdy.

—Salid, o de lo contrario os arrepentiréis.

—De un momento a otro llegará Lars Printz con un centenar de mercenarios europeos reclutados. Huye ahora, Ferdy, antes de que lleguen.

Crepitó junto a la puerta la ráfaga furiosa de cinco balazos que disparó Sverborg. La chapa exterior se abolló.

Poco después, dos negros derribaban a hachazos un corpulento árbol. Por una ranura, Lorimer divisó a los veinte negros que, abrazando el tronco, avanzaban hacia la puerta.

Gritó:

—¡Voy a disparar, Ferdy! ¡Dos minutos para que escapes!

Corriendo, Sverborg se refugió en el otro hangar.

Apuntó Lorimer cuidadosamente dos metros delante de los primeros negros que con el enorme tronco se disponían a arremeter contra la puerta.

Disparó, afinando la puntería. Las motas de hierba y tierra, saltando, detuvieron a los congoleses. Uno de ellos, herido de rebote en una pierna, chilló. Soltaron el tronco, corriendo en todas direcciones, pese a los gritos furiosos de Sverborg, que asomó por la puerta del otro hangar.

Disparó Lorimer hacia el umbral, y Sverborg saltó adentro.

Rió lúgubremente Lorimer:

—Sitiadores y sitiados estamos igual... Hasta la noche.

El resto del día alternaron Lorimer, Ingrid y Morgan en recorrer rifle en mano la franja de ranura. El agua ya absorbida había dejado en el suelo un limo fangoso.

Las tinieblas cayeron sobre el campamento. De pronto un estruendoso estampido contra la puerta, anunció que el tronco ariete iba a abrir un paso.

A cada lado de la puerta, por la ranura, ladeando el rifle, apretaron el gatillo Morgan y Lorimer.

Transcurrieron veinte minutos largos como siglos. Un segundo golpe sacudió la puerta.

Un griterío estremecedor pobló el aire nocturno. Unos gritos infrahumanos que erizaban el cabello.

—Haussas —dijo Ingrid, mirando por una ranura.

Veíanse cuerpos blancos como esqueletos. Negros pintarrajeados, con cascos de plumas y largas lanzas.

Y se sucedieron horas de pesadilla viviente con los lúgubres lamentos de Sverborg y los suyos, torturados por los haussas.

Morgan y Lorimer disparaban enfebrecidos, aunque sabían que los haussas ya no estaban a tiro.

Querían apagar el eco de aquellas gargantas torturadas. Lorimer cesó de disparar, gritando:

—¡Voy allá! Esto acabaría por volverme loco...

Le interceptó el paso Ingrid, abiertos los brazos.

—Estamos a salvo, permaneciendo aquí. Nosotros no podemos hacer nada por Ferdy y los otros.

—Los haussas volverán aquí.

Carl Engel pesadamente bajó de su litera, pisando con cuidado.

—Duerme, Alan. Estás reventado de fatiga. Duerme.

Los haussas hacían ataques repentinos, retirándose rechazados por los disparos.

Hacia el mediodía, dormían todos agotados. Fue Lorimer el que, incorporándose, tendió el oído. Aquel ronquido... Saltó al suelo, excitado.

—¡Aviones!

Abrió la puerta, olvidándose de todo peligro. Disparó en alto para llamar la atención del avión que volaba encima de la cascada, a unos cien metros de altura.

Poco después acudía un helicóptero, posándose en el valle. Lars Printz, saltando al suelo, explicó:

—Me cablegrafió un capitán de mar llamado Patrick Logan. Me informaba que en el Wango había mucho peligro para Ingrid Engel. Por el río vienen los europeos reclutados. Vimos huir muchos negros.

Las conversaciones demostraron que Ingrid Engel no había hallado tesoro alguno.

Que el Wango, concesión obtenida por Lars Printz, sería arranque de una nueva civilización, y punto de partida del gigantesco mundo del futuro: la Atlantropa.

* * *

Semanas después, Montague Morgan informaba detalladamente a su jefe. Terminó:

—En mi vida vuelvo yo a selva alguna.

—La dimisión de Lorimer es extraña.

—Le entusiasmó la Atlantropa. Aceptó ser algo así como inspector jefe de un millar de capataces blancos. Confía en que pronto Ingrid será su esposa. Ella sólo sentía afecto por Lars Printz. Empezaba a sentir de nuevo amor. Alan Lorimer era el primer hombre que se lo inspiraba después de la tragedia de su idilio juvenil.

—Tengo una misión para usted, Morgan.

Receloso, musitó Morgan:

—He pasado mucho calor, jefe.

—En Alaska.

—Magnífico. Será como un veraneo.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.